

ZONA

LIBRE

Cuando  
**florezcan**  
los **cerezos**

Liliana Cinetto



---

# **Cuando florezcan los cerezos**

Liliana Cinetto



*Para Yoshi, por tantas cosas.*



*El Todopoderoso abrió las puertas del cielo  
y la luz de mil soles cantó a coro:  
Yo soy la Muerte,  
el fin de todos los tiempos.  
del Bhagavad-Gîtâ, libro sagrado de los hindúes.*

*El sol se hizo pedazos y cayó. El cielo,  
que siempre me había parecido tan lejano,  
quedó sin el sostén que le daba el sol y se vino abajo  
casi al mismo tiempo.  
La luz creció tanto que no pudo soportarlo.  
De modo que la luz también murió aquel día.*

**Makiko Kada**



# Primera parte



*El desierto brillaba  
más brillante que mil soles  
y todo cambió.*

**David Krieger**



**El sol.** Fue una de las pocas cosas que Taeko podía recordar de aquella mañana, antes de que ocurriera todo. El sol sobre el perfecto azul del cielo de agosto. Lo recordaba cálido, tranquilizador, casi cotidiano como la sopa de *miso* y el arroz que solía desayunar antes, cuando era una niña y todavía vivía en Kioto. Sí, de aquella mañana recordaba el sol, el cielo... ¡Ah! Y también las risas de sus primas menores que jugaban con una pelota en el patio mientras cantaban:

*Anta gata doko sa...*

*Higo sa.*

*Higo doko sa?*

*Kumamoto sa.*

*Kumamoto doko sa?*

*Senba sa...*



Taeko no recordaba nada más. Alguien mencionó una alarma antiaérea que había sonado a la madrugada. Pero ella no había oído ni el motor de un avión ni otro sonido que quebrara su sueño. Porque el sueño no era territorio de la guerra, sino de Yoshihira. O Yoshi, como lo llamaba ella. Yoshi que sonreía a su lado mientras plegaba un papel de origami y le regalaba una grulla. Yoshi que la amaba. Yoshi que había prometido esperarla en Kioto bajo el *sakura* en flor. Así que Taeko solo podía recordar el sol, el cielo, las risas, la canción... *Anta gata doko sa...* Y también recordaba el silencio. Ese silencio que sobrevino de pronto y tiñó el aire de malos presagios. Taeko jamás olvidaría cómo se estremeció ante aquel silencio súbito e inexplicable y volvió a mirar el sol. Ya no pudo verlo. Se había vuelto un fuego voraz y enceguedor, una luz aterradora que se tragó el cielo azul, las risas, el verano, la canción... mientras soplaba feroz un viento con olor a muerte y la lluvia negra oscurecía Hiroshima sin piedad.

Le decían “la Ponja”. El apodo se lo había puesto alguien del curso. Tomás, probablemente. Solía ser el autor de casi todos los sobrenombres despectivos que se usaban para referirse a los chicos del colegio. Estaban “el Bizco”, “el Chueco”, “la Nerd”, “el Salame”, “el Bostero”, “la Trola”, “el Negro”... Bruno sabía que a él lo llamaban “el Cheto”, porque vivía en una zona de casas caras,



algunas bastante ostentosas, muchas con piscina y detalles de lujo, y porque su familia siempre había estado en mejor posición económica que la de varios compañeros. Jamás se lo habían dicho en la cara. Tal vez porque Bruno, tan alto, tan musculoso, imponía autoridad con su físico de nadador y los pocos que podrían haberlo desafiado temían salir mal parados. O porque desde que había fallecido su padre, había algo en su expresión, un gesto de enojo constante, alguna señal de su carácter irascible, que desalentaba las burlas.

Con ella, en cambio, las cosas eran distintas.

—Eh, Ponja, ¿resolviste las ecuaciones?

Su nombre era Yume y apenas levantaba la vista o la voz al responder, como si su delicada silueta pudiera quebrarse incluso por el aleteo de una mariposa, mucho más ante un grito o una amenaza. ¿Cuándo había llegado al colegio? Bruno no lo sabía o no lo recordaba, tal vez porque Yume se esmeraba en pasar inadvertida, en no molestar ni irritar los ánimos, en permanecer invisible... No siempre lo lograba. Como ese día. Tomás le tiró un bollo de papel a la cabeza, solo porque no debía tener a mano una tiza, una goma de borrar o algo más contundente.

—Tierra a Ponja... ¿Resolviste las ecuaciones?

Bruno les había pedido mil veces a sus padres que lo cambiaran de colegio después de haber padecido en la primaria con lo que las autoridades definían como un



“grupo conflictivo” y él, “una manga de idiotas imban cables”. Ni siquiera había querido ir al viaje de egresados de 7°. Además, había averiguado que, en la escuela del club donde practicaba natación, se podía cursar un bachillerato especializado en educación física. A su familia no le había parecido buena idea y se había mostrado inflexible. El instituto al que asistía tenía más prestigio, era bilingüe, con orientación en informática y robótica... Bruno insistió y se rebeló hasta el cansancio. Fue inútil. Y después ocurrió el asalto en la fábrica, las balas que acabaron con la vida de su papá, la investigación que no encontró culpables...

Fue entonces cuando Bruno empezó a sentir aquel enojo. Un enojo que fue creciendo e invadió cada resquicio de su vida. Un enojo que lo irritaba fácilmente, que lo sumía en un silencio del que nadie podía sacarlo, que lo exasperaba por cualquier motivo y que lo alejaba hasta de su mamá.

—Estás nadando como si estuvieras furioso —le había comentado un día el entrenador, al corregir la postura de sus manos—. En lugar de brazadas le das puñetazos al agua. ¿Con quién querés pelear?

“Con todos”, pensaba Bruno. Y, sin embargo, no solía intervenir en las discusiones diarias ni en las frecuentes riñas entre sus compañeros. Conocía a cada uno a la perfección, a la mayoría desde preescolar. Salvo por uno o dos, con los que mantenía un contacto mínimo



y apenas cordial, los demás no le caían bien. A muchos no los soportaba. Tomás era uno de ellos. El peor quizá.

—¿Tengo que hablarte en japonés para que entiendas?

Tomás se las ingeniaba para llamar la atención de cualquier manera. No tenía carisma ni buena onda. Al contrario. Era pesado, desagradable, cruel... Y, sin embargo, ejercía un indefinido e inexplicable poder para convencer a los otros, que lo obedecían a ciegas y hacían lo que a él se le antojaba, sin importar de qué se tratara. En cuanto al estudio, su especialidad era *zafar*. Y lo conseguía con distintos métodos. A la Nerd la tenía de punto. Y ella no se rebelaba. Accedía a hacerle los trabajos a Tomás y a los que lo imitaban aprovechándose de la docilidad de la chica. O de su incapacidad de defenderse. Ese día, sin embargo, la Nerd había faltado.

—Ponja, ¿escuchaste, o también tenés las orejas finitas?

A pesar de su permanente estado de indiferencia a lo que ocurriera a su alrededor, por algún motivo, esa mañana Bruno perdió la paciencia. Nunca supo por qué. Tal vez fueron los ojos de Yume, diminutos horizontes por donde asomaban unas lágrimas.

Bruno aferró el brazo de Tomás y ejerció suficiente presión. Habló con voz firme:

—Te escuchó. Todos te escuchamos. Así que cortala y dejala en paz.

Le pareció que, detrás de él, alguien se reía. Y que Yume había dibujado un “gracias” en sus labios. No



estaba seguro. De lo que no le quedó ninguna duda fue de la trompada que Tomás le dio en plena cara.

La sed era insoportable. Fue lo primero que Taeko sintió antes de abrir los ojos. Una sed que quemaba. En cuanto reaccionó quiso hablar, llamar a su tía y a sus primas, gritar... En la garganta, un nudo seco y áspero se tragó su voz. Se miró las manos cubiertas de pequeñas partículas, igual que el resto del cuerpo. Eran cenizas.

Taeko retiró restos de mampostería que le habían caído encima y se incorporó con dificultad, mareada. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Salvo por un pequeño corte en la mejilla que apenas sangraba, no notó ninguna herida grave. Solo entonces la chica observó a su alrededor. Tardó un rato en comprender lo que veía. Buscaba el sitio en el que vivía, desde hacía unos meses, cuando sus padres la habían sacado de Kioto para protegerla y la habían enviado con sus parientes a Hiroshima. Buscaba las casas, el templo al final de la calle, el torii, los árboles... Como en la más espantosa de las pesadillas, todo había desaparecido.

Frente a ella pasaron un par de personas. Parecían fantasmas. Grises, irreales... Se arrastraban entre los escombros. Y lloraban. De sus brazos colgaba algo. Taeko creyó que eran jirones de ropa, pero no. Lo que les colgaba era su propia piel.



La voz le llegaba distante, apagada, como si alguien hubiera bajado demasiado el volumen del televisor. Solo que no estaba frente al televisor, sino en el despacho del rector del colegio, que le hablaba. Bruno intentaba concentrarse para entender lo que le decía. Pero el labio partido le ardía demasiado a causa del antiséptico que le habían puesto y el ojo derecho latía inflamado como si fuera a estallarle. No sabía si uno de los golpes de Tomás le había afectado el oído o si solo continuaba aturdido. ¿Qué decía el rector? Imposible seguir el hilo de las frases. Descifró unas palabras sueltas:

— ... violencia... intolerancia... salvajes...

Sí. La pelea con Tomás había sido salvaje, brutal, sin piedad. Bruno había respondido con furia al ataque. Suponía que su rival no había quedado en mejores condiciones que él, aunque no lo sabía con certeza. Después de que un par de profesores y preceptores los separaran, a él lo habían llevado a la rectoría y no había vuelto a verlo. Tampoco tenía noción de cuánto tiempo había pasado desde el enfrentamiento. El servicio de emergencias médicas lo había revisado y curado y, mientras esperaba a su madre, Claudia, a la que habían llamado de inmediato, Bruno trataba de adivinar lo que el rector decía.

— ... conducta agresiva... medidas disciplinarias...

¿Qué más? No mencionó “expulsión”. Eso era seguro. Tal vez había otro modo elegante de advertirle que iban a echarlo del colegio. No renovar la matrícula. Algo así.



No escuchó ninguna de esas expresiones. Pero creía que las diría en cuanto su mamá cruzara la puerta. Imaginaba la angustia que le causaría verlo lastimado, con la camisa ensangrentada, una imagen que necesariamente evocaría la de su papá. Suponía que el rector aportaría algunos términos más a la conversación: incivilizados... sociedad en crisis... falta de valores... Y que ella quizás emplearía diferentes argumentos para que su hijo se librara de lo que para Bruno era inevitable: que no le permitieran continuar en ese colegio. A él le daba igual. Si su papá estuviera vivo, tal vez le habría importado. Porque se había opuesto a toda forma de violencia. Pero ese hombre que le explicaba que el diálogo era siempre la mejor opción ya no existía. Y si les había hablado a los que entraron a la fábrica, no le había servido de nada.

Además del labio y el ojo, a Bruno le dolía el costado. ¿Tomás era tan fuerte como para romperle una costilla? Sabía de las peleas que protagonizaba a la salida de los boliches. Las narraba como si fueran proezas. Una vez se había jactado de haber enfrentado él solo a un patovica. Y otra vez, de haber liderado a un grupo que apaleó a quien Tomás había definido como “un morochito infeliz”.

El rector seguía hablando mientras Bruno recordaba que sus compañeros habían filmado la pelea con sus celulares mientras arengaban. “Reventalo... Que aprenda... Matalo...”. ¿A quién se dirigían? ¿A él? ¿A Tomás?



Ya debían haber subido los videos a las redes y se habrían viralizado.

Por más que se esforzaba, no conseguía escuchar al rector. El oído le zumbaba y la voz seguía sonando distorsionada incluso cuando Claudia, su madre, apareció en el despacho y corrió a abrazarlo. Bruno sintió una puntada en la costilla y el impulso de rechazar el gesto de cariño. No se resistió. Después ella asintió a lo que el rector aparentemente le informaba, firmó un papel y retiró a su hijo del colegio. Antes de irse, Bruno alcanzó a ver a Yume, en el pasillo. Sonreía con tristeza y alzaba la mano en un gesto que no logró descifrar.

Taeko dio un primer paso vacilante. Esquivó unos escombros y avanzó, aunque no sabía hacia dónde ir. Imposible orientarse ante semejante devastación. La sed seguía atenazándole la garganta. Buscó inútilmente algo para tomar. No era la única. Otras personas pedían desesperadas un poco de agua. Nadie les respondía. Tal vez porque no había nadie para responder. Algunos comenzaron a beber la lluvia negra que caía siniestra sobre ellos. Taeko no se atrevió. La sola idea de probar ese líquido oscuro le provocaba náuseas. Se sentía débil, pero decidió seguir caminando. Prestó atención para no pisar los objetos hechos añicos, las maderas astilladas y carbonizadas, los metales retorcidos, los cristales rotos esparcidos por todos lados... Aunque se había



ensuciado y desgarrado, todavía distinguía las flores del kimono que se había puesto aquella mañana. Pero no sabía dónde habían quedado los zôri con suelas de tatami o sus *tabi* blancos. Lo averiguó al agacharse para quitarse del talón un pedazo de vidrio que se le clavó y le provocó un dolor punzante. Fue cuando descubrió restos de sus sandalias y de sus calcetines. Derretidos y adheridos a sus pies.

La voz de su mamá quebró el silencio que Bruno se había autoimpuesto.

—¿Puedo pasar?

Él se había desconectado del mundo durante algo más de una semana sin hablar, sin siquiera demostrar lo que sentía, sin pensar. Y no era porque su madre, en un vano intento de mostrarse firme, le había dicho:

—Hasta que me expliques qué pasó, ni celular ni series ni compu ni juegos *on-line*, ni siquiera ir al club a entrenar.

Podría haberla desobedecido, pero había preferido aislarse. Por eso no tenía idea de lo que le había ocurrido a Tomás. Tampoco sabía qué había pasado en la escuela después de la pelea ni estaba seguro de que le importara. Sin embargo, algo que no podía definir con exactitud hacía que se sintiera mal. Horrible, en realidad. Y no por la certeza de que lo habían expulsado. Era otra cosa. No sabía qué.



—¿Puedo pasar? —insistió su mamá ante la falta de respuesta.

Bruno asintió con la cabeza. Le costó reprimir las ganas de llorar que lo abrumaron cuando ella intentó abrazarlo. Así que esquivó el gesto de cariño poniéndose de pie. Claudia no disimuló la tristeza que le causaba el rechazo de su hijo, que lo notó y, a modo de excusa, aclaró:

—Todavía me duele.

Las radiografías habían confirmado que sus costillas no estaban fracturadas y el labio y el oído se recuperaban bien y relativamente rápido. Sin embargo, el médico había ordenado reposo e insistió en controlar la evolución del golpe en el ojo que podía comprometer la visión.

—¿Cómo estás? —quiso saber Claudia mientras se sentaba en la cama.

Bruno miró a su mamá y recordó lo felices que habían sido mientras era chico. Siempre se había llevado bien con su papá, fanático de los deportes, sobre todo del tenis. Por eso lo había apoyado cuando decidió practicar natación y, aunque nunca tenía demasiado tiempo, solía acompañarlo a los entrenamientos y lo había llevado a las primeras competencias. Con su mamá, en cambio, compartían la pasión por el cine y los viajes. Ella dirigía su propia empresa de turismo y, como el marido decía que no podía dejar sola la fábrica, había



recorrido con Bruno muchos países. No habían ido solo a los famosos y concurridos parques de diversiones de Estados Unidos que cualquier chico de su edad elegiría.

—Hay sitios que te abren la cabeza, que te marcan, que dejan huella... A esos hay que ir —le había explicado Claudia, y le había hecho descubrir sitios insospechados y maravillosos, con culturas diferentes, extraordinarias, inolvidables...

La mamá sacó un chocolate del bolsillo y le convidó. Bruno no aceptó y ella lo dejó sobre el escritorio. Hacía tiempo que Bruno no quería hablarle y solo le respondía con monosílabos a cuestiones cotidianas. Cada vez que intentaban conversar sobre lo que le había sucedido a su papá, él fingía un malestar. O se iba, después de dar un portazo. No le importaba nada. Así de ajeno se sentía. Y en cuanto a lo que había pasado en la escuela, no escucharía sermones. Tampoco pretendía explicar. Mucho menos disculparse. ¿Para qué? No entendía la manera en que su mamá había afrontado la muerte de su marido. Y sabía que ella iba a cuestionarlo, si le hablaba del enojo que lo crispaba, que lo desbordaba, que había respondido a los golpes de Tomás con una violencia desmedida e inesperada, como si su compañero fuese uno de los delincuentes que había matado a su papá. De hecho, a veces, cuando necesitaba ponerles un rostro a los asesinos, por algún motivo se le aparecía el de Tomás. Lo peor era que,



en algún momento, Bruno había fantaseado con que si le daba una buena paliza se disiparía la bronca que le provocaba todo el tiempo con sus burlas, sus descalificaciones, sus actitudes engreídas... Y no había sido así. Al contrario. La bronca había aumentado. Recordó entonces una película de ciencia ficción bastante pochoclera, según su mamá. Una con Bruce Willis. *Los cinco elementos*. En un futuro caótico aparecía algo maligno que avanzaba por el espacio para destruir a la humanidad. Cuanto más atacaban a esa cosa destructiva desde la Tierra, más fuerte se volvía. Lo mismo había pasado con su enojo.

—Hijo, ¿cómo estás? —repitió Claudia y la voz se le quebró.

Bruno no soportaba la tristeza de su mamá, la entereza con la que seguía adelante, la resignación... Hubiera preferido verla enojada, como le pasaba él.

“No sé cómo estoy —pensó Bruno—. Mal, creo. O no. Sigo furioso, y si volviera a tener a Tomás frente a mí, creo que le pegaría otra vez”.

No dijo nada. No se sentía orgulloso en lo más mínimo, aunque tampoco se arrepentía. Se lo merecía. Igual que los que mataron a su papá.

—Acaba de llamar el rector —le informó ella.

Eso, claro. Bruno no tenía idea de por qué habían demorado tanto en confirmarle la expulsión.

“Bueno, ya está. Mejor”, pensó.



Lo raro era que no sentía alegría ni alivio. Tal vez porque imaginaba lo que seguiría. Otra vez reproches, quizá llanto de la mamá... Por eso le sorprendió lo que escuchó.

—Mañana vas a volver a la escuela.

Taeko avanzaba tambaleante y cada tanto se detenía. No solo porque la sed la ahogaba y le costaba respirar, sino porque no sabía qué hacer. Ir al refugio antiaéreo, como le habían enseñado, no tenía sentido. ¿Para qué? Quizá ni siquiera existía. Y además el enemigo ya los había atacado. No sabía con qué clase de arma. Porque las bombas que arrojaban los B-san, como llamaban los japoneses a los aviones B-29, no provocaban semejante destrucción. Un edificio derruido, tal vez. Un barrio en llamas. Pero eso... imposible ponerle nombre a lo que había ocurrido. Todo había sido arrasado. Recordó con tristeza que sus padres habían decidido enviarla a Hiroshima para protegerla.

—Kioto es un objetivo demasiado importante. Allá vas a estar a salvo.

Taeko trató de sobreponerse al horror y decidió buscar a su tía y a sus primas. A su alrededor todo era desolación. Se oían llantos, gemidos, gritos desgarradores... Los pocos que podían caminar como ella esquivaban cadáveres o moribundos que se debatían entre escombros o incendios.



Taeko siguió adelante. Para darse fuerzas tarareó mentalmente la canción que un rato antes repetían sus primas, mientras jugaban en el patio con la pelota.

*Anta gata doko sa...*

*Higo sa.*

*Higo doko sa?*

*Kumamoto sa.*

*Kumamoto doko sa?*

*Senba sa...*

De pronto la vio. A unos metros de ella. Una mujer que abrazaba con desesperación un bulto negro.

—Tía —quiso gritar cuando la reconoció.

La voz se ahogó con las primeras lágrimas que derramó Taeko cuando se dio cuenta de que lo que su tía abrazaba era el despojo de carne que había sido una de sus primas.

Tenía que ser una broma. O peor. Un delirio. El rector definitivamente se había vuelto loco. Por supuesto Bruno se resistía a lo que les estaba proponiendo a él y a sus compañeros. Y por el murmullo que corría por el aula no era el único que pensaba así.

—Quizá la alternativa más sencilla sería no permitir que los responsables de lo que sucedió continuasen en esta institución... —decía.

Un rato antes, Bruno había entrado al colegio con la mirada desafiante. Normalmente llegaba temprano,



para repasar algún tema o terminar una tarea. Ese día, lo hizo junto con los habituales rezagados, en el momento en que sonaba el timbre, para evitar cualquier contacto indeseable. Había avanzado con decisión hasta el aula mientras recordaba la discusión de la noche anterior en su casa.

—Vas a volver al colegio y punto —le había ordenado la mamá con una firmeza poco habitual en ella.

—¿Para qué? —se había rebelado—. Para trenzarme de nuevo con ese...

La madre no se dio por vencida y empleó otro argumento para convencerlo.

—Bruno, después de una pelea o de un hecho violento, tienen que curarse las heridas físicas. Pero no es lo único que debe sanar.

—A papá no le sirvió nada de eso. ¿O sí? —le recriminó Bruno—. A lo mejor si hubiera tenido un arma y se hubiera defendido...

La madre suspiró con los ojos llenos de lágrimas.

Bruno se arrepentía de haber cedido. Hubiera preferido que lo expulsaran de una vez. Pero por algún motivo que desconocía y no lograba imaginar, el rector quería que regresara a la escuela.

Por un momento se ilusionó pensando que no ocurriría lo mismo con Tomás. No tuvo esa suerte. Fue al primero que vio, sentado en su sitio, en el último pupitre, todavía con los moretones y las cicatrices de la



pelea y un brazo en cabestrillo. Eso confirmaba que Bruno le había dado duro, algo que, lejos de enorgullecerlo, le provocaba más malestar y enojo y que seguramente Tomás no le perdonaría considerando que se jactaba de no haber recibido jamás un golpe.

Ignoró los cuchicheos que acompañaron sus pasos, mientras buscaba dónde ubicarse. Una mano menuda se posó en su brazo. Era Yume.

—Este asiento está libre —dijo, y señaló el lugar a su lado.

Bruno quiso negarse, pero en ese momento entró el rector, acompañado por la psicóloga del gabinete y un par de profesores, entre ellos Domínguez, el de Historia. Así que le agradeció a la chica y se acomodó en el banco vacío.

—Buenos días. Como se imaginarán, vengo a hablarles de lo que ocurrió la semana pasada, un hecho lamentable que no puedo pasar por alto. Lo que correspondería sería la expulsión inmediata de los alumnos involucrados en el conflicto.

Bruno se fastidió. Si era lo que correspondía, ¿para qué todo ese circo? Incómodo, se movió en su asiento y vio a Tomás, en el lado opuesto del aula, a tres o cuatro metros de él. Lo miraba con una mueca de desprecio. Bruno apretó los puños, rabioso. De dos zancadas podía saltar los bancos y romperle la cara otra vez. Pero la mano de Yume se posó sobre su brazo, como un pájaro, por casualidad.



—Sin embargo—continuó el rector—, no creo que eso solucione el problema que tenemos. Expulsar a los involucrados solo sería desentenderme y dejar que otros se hicieran cargo. Por eso, luego de deliberar con mis colegas, les proponemos una manera diferente de arreglar esta desagradable situación.

“¿Arreglar? ¿El rector dijo *arreglar*?”, pensó Bruno y tuvo ganas de reírse.

Él no quería arreglar nada con Tomás ni con los idiotas que lo secundaban y que habían filmado la pelea. El rector siguió.

—A lo largo de los siglos, la humanidad ha padecido por la intolerancia, la discriminación, el odio...

Mientras escuchaba el *racconto* histórico que empezaba con la persecución de los cristianos en el Imperio Romano y continuaba hasta épocas recientes, Bruno no terminaba de entender qué pretendía el rector con ese discurso. O sermón. Incluso le generaba más rabia oírlo. ¿Acaso pensaba que darles cátedra iba a modificar algo? ¿Que mencionar masacres, guerras, atentados... iba a...? ¿Qué palabras había usado? *Sensibilizarlos y empatizar*. Eso. ¿Creía de verdad que lograría sensibilizarlos y que empatizaran por arte de magia? ¿Que Tomás pediría disculpas por ser un cretino que maltrataba a medio mundo? ¿O que a él se le borraría ese enojo que lo consumía?

—¡Uf! ¡Qué plomo! —protestó alguien por lo bajo y un par de risas acompañaron el comentario.



Bruno ni siquiera necesitó fijarse para corroborar quién había hablado: era Tomás. El rector lo fulminó con la mirada.

—¿Algo para compartir con el resto, alumno?

Por supuesto, Tomás no contestó. Típico en él. Solo era valiente cuando el oponente era más débil.

Después de media hora de lo que parecía una clase que la mayoría ya escuchaba con indiferencia o por obligación, el rector por fin explicó lo que pretendía.

—¿Qué? —exclamaron muchos con Tomás a la cabeza.

Las pautas fueron claras. Un mes para investigar y entregar un trabajo obligatorio sobre un hecho de violencia de la historia universal. Esto definiría la continuidad en la escuela de los alumnos que habían participado de la pelea y la aprobación de la materia de Domínguez para el resto del curso. La elección de los temas era libre, pero sujeta a evaluación. Y no podían repetirse. Para controlar ese punto, había que informárselos previamente al profesor.

En la reunión de personal que habían tenido algunos profesores no creían que la medida modificara la conducta del grupo. Domínguez planteó sus dudas.

—Va a ser difícil para los alumnos comparar lo que pasó acá con una guerra o... —habían dudado Domínguez y otros docentes que no creían que la medida modificara la conducta del grupo.

El rector se mostró inflexible.



—Claro que no. El dolor que ocasionaron los actos sobre los que van a investigar los chicos es inconmensurable y esos hechos muestran la peor faceta de la humanidad. El desafío es que aprendan de esas atrocidades y que no las olviden nunca para que se eduquen en el respeto al otro y la tolerancia. Usted y sus colegas —dijo mirando al profesor— deberán orientarlos y aprobarán el tema que elijan, si creemos que cumple con el objetivo. No será una tarea simple. No van a zafar, como dicen ellos, con buscar en Google y hacer *copy y paste*, tanto menos con el chat GTP. El objetivo no es que describan solo qué ocurrió en cada uno de estos sucesos, sino que se pongan en el lugar de los que los sufrieron. Cuando terminen, evaluaremos lo que los alumnos presenten por escrito. Si lo aprueban, también tendrán que defender el trabajo de manera oral y convencernos de que aprendieron, de que lo que averiguaron los conmovió, de que algo en ellos se ha modificado, de que empatizaron. De lo contrario, aplicaré las sanciones correspondientes para que Bruno y Tomás no continúen en esta institución y los demás rindan la materia en marzo.

Cuando el rector y los profesores se retiraron del aula, se profundizaron las quejas, los reclamos, las acusaciones... Algunas en voz alta. Otras solapadas.

—Es un garrón...

—Un bardo...



—Y nos lo tenemos que fumar por culpa de Bruno y de Tomás.

—Si nosotros no tuvimos nada que ver.

—Nosotros no nos agarramos a piñas...

—Mejor los hubieran echado y chau.

Bruno opinaba lo mismo. ¿Qué iba a cambiar con eso? Por primera vez estuvo de acuerdo con Tomás, que expresó su opinión con un insulto.

—Ya fue. Que me echen, porque no voy a hacer una...

Fue en ese momento cuando Yume le preguntó a Bruno:

—¿Escuchaste hablar sobre Hiroshima?

Los camastros y los catres se alineaban en una suerte de hospital de campaña improvisado. En todos había heridos, la mayoría con quemaduras horribles e indescribibles que, con las horas, mutaban de color y pasaban del amarillo al rojo para terminar negras, supurantes y hediondas. Todos los centros de salud de Hiroshima habían quedado destruidos o inutilizados y el escaso personal médico disponible se desesperaba por atender a los pacientes, sin saber muy bien de qué manera porque jamás habían visto lesiones semejantes. Como no alcanzaban las camas, los casos que, al principio, se consideraban más leves eran acomodados sobre un tatami, sobre una tela o simplemente en el suelo. Taeko suplicó que la dejaran junto a su tía, que agonizaba en el sector de los desahuciados. Allí permanecía en cuclillas, sin probar



bocado, con la mirada todavía extraviada ante el horror y el desamparo. Cada tanto dormitaba, vencida por el cansancio, pero se despertaba sobresaltada por pesadillas en las que la acechaban rostros desfigurados con las cuencas de los ojos vacías o la perseguían seres a los que se les desprendía la piel, como si fuera una cáscara. Para no enloquecer por los gritos de dolor y los gemidos desgarradores y constantes, Taeko cantaba muy suavemente.

*Anta gata doko sa?*

*Higo sa.*

*Higo doko sa?*

*Kumamoto sa.*

Su voz parecía aliviar a la tía que, cada tanto, tanteaba a su alrededor buscando quién sabe qué.

*Kumamoto doko sa?*

*Senba sa.*

*Senba yama ni wa.*

Taeko imaginaba que la noticia del ataque ya se habría difundido por todas partes, incluso en Kioto. Ignoraba que ya habían pasado tres días pues había perdido toda noción del tiempo.

*Tanuki ga otte sa.*

Oía a médicos y enfermeras que reclamaban una ayuda del gobierno que demoraba demasiado.

*Sore o ryoshi ga.*

Taeko se decía que debía resistir hasta que sus padres se enteraran y fueran a rescatarla.



*Teppo de utte sa.*

Porque estaba segura de que irían a rescatarla. Y si sus padres no podían, lo haría Yoshi.

*Nite sa, yaite sa, kutte sa.*

Nada detendría a Yoshi. Él la amaba y vendría a buscarla para sacarla de ese infierno y llevarla de regreso a Kioto.

*Sore o konoha de.*

*Choito kabuse.*

De pronto, su tía se movió apenas y entreabrió los labios. Taeko se acercó e intentó darle un poco de agua, que la mujer no logró beber. En cambio, apretó la mano de su sobrina.

Fue entonces cuando sucedió. Primero un rumor que corría de boca en boca y nadie quería creer. Enseguida la espeluznante confirmación. Nagasaki también había sido bombardeada igual que Hiroshima. Taeko trató de contener las lágrimas. No pudo. La mano de su tía fue perdiendo fuerzas hasta que se relajó y quedó inmóvil, quieta, soltando la vida a la que ya no tuvo fuerzas para aferrarse.



## Segunda parte



*Al calor del brasero,  
en la ceniza escribo  
un nombre de mujer.*  
Ryûnosuke Akutagawa



**Bruno** llegó a la casa de Yume diez minutos antes de la hora acordada.

—Te espero a las cinco —le había dicho la chica al darle la dirección.

Al principio se había resistido a investigar y hacer el trabajo con ella. Sospechaba que Yume se lo había propuesto porque creía que la pelea había sido por su culpa y se sentía en deuda con él. Al fin y al cabo, la había defendido. Era obvio que pretendía ayudarlo. O evitar que lo echaran, algo que, en el fondo, a él le daba igual.

A Bruno le había resultado extraño que Yume insistiera tanto para que se reunieran en su casa, en vez de hacerlo en la biblioteca o en el patio de la escuela. También podían haberse encontrado en otro sitio menos familiar, menos íntimo, como un bar. Pronto se arrepintió de haber aceptado. No quería transmitir



señales confusas. No iba a convertirse en su amigo ni en su protector. La piba era buena onda y no se merecía que Tomás la bardeara. Menos llevarse una materia. Por eso había estado a punto de negarse. Igual que Tomás, su primer impulso había sido no cumplir con la exigencia del rector. Sin embargo, hubo algo en la voz de Yume, cierto tono tal vez, o acaso un leve temblor, cuando preguntó:

—¿Escuchaste hablar de Hiroshima?

Eso descolocó a Bruno un instante, aunque no sabía por qué. Reaccionó enseguida.

—Claro. Es una de las ciudades que atacó Estados Unidos con una bomba atómica —respondió—. La otra fue Nagasaki.

—Sí. Después de esos bombardeos, Japón se rindió incondicionalmente y se acabó la Segunda Guerra Mundial. Creo que nadie va a elegir ese tema.

Yume no se equivocó. Ya resignados a que el rector no les hubiera dejado ninguna alternativa, sus compañeros habían optado por hacer el trabajo sobre los desaparecidos en Argentina, los campos de exterminio nazis, la guerra en las Malvinas, el *apartheid* en Sudáfrica...

Antes de ir a casa de Yume, Bruno había googleado sobre Hiroshima. Imprimió un par de páginas que hojeó por encima, sin prestar demasiada atención. Sin embargo, al llegar, dudó en tocar el timbre. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué había accedido? ¿Qué le importaban a



él Hiroshima, el trabajo, el rector, Yume...? De pronto lo invadió otra vez aquel enojo irracional, incontrolable, que destruía todo a su paso como la cosa maligna de la película de Bruce Willis.

—Ya fue —se dijo y dio media vuelta.

Pero, en ese momento, como si hubiera estado esperándolo, Yume abrió la puerta.

La primera vez que vi a Taeko, ella caminaba lentamente, bordeando el canal Shishigatani. Recorría lo que en Kioto se conoce como Tetsugaku no Michi, el Paseo de la Filosofía. Solo que Taeko no paseaba. Nadie lo hacía en aquella época. Repetía ese mismo recorrido cada día, desde su casa cerca del templo Ginkakuji hasta los jardines del Eikan-do, como cientos de adolescentes que ya no podíamos asistir a la escuela y, en cambio, cumplíamos con la tarea que la guerra nos había impuesto. Debíamos trabajar. Los de los años superiores en plantas militares y los más jóvenes en el campo, sembrando o cosechando, o en la ciudad, derribando las casas. Sí, las antiguas casas tradicionales japonesas, que estaban construidas con madera y paneles de papel, materiales que arden con facilidad. Era el modo que se le había ocurrido al gobierno para evitar la propagación del fuego y la prevención de posibles incendios si el enemigo nos bombardeaba. Ahora que lo digo suena absurdo. Nosotros destruíamos primero los hogares de la gente



para que no los destruyeran los estadounidenses. Pero no hay lógica en la guerra. Nadie razona con claridad.

Bruno se sorprendió un poco al ver a Yume sin el uniforme del colegio, vestida con un kimono floreado y el larguísimo pelo negro y lacio que solía llevar suelto, recogido en un peinado complejo. Le recordó las estampas que su mamá le había mostrado cuando le había propuesto Japón como posible destino, al descubrir el interés de su hijo por el manga y el anime. Imaginó cómo se burlaría Tomás si la viera así.

—Llegaste temprano. Bienvenido —lo saludó la chica inclinándose apenas mientras le cedía el paso para que ingresara a un pequeño recibidor.

—Sí... calculé mal y... No era tan lejos como pensaba —se disculpó Bruno.

No supo si darle un beso o hacer, como ella, una pequeña reverencia. Se decidió por esto último, aunque se sintió ridículo y se puso colorado. Yume sonrió y, mientras señalaba un pequeño mueble de madera en el que se alineaban varios pares de zapatos, le dijo:

—No hay problema. Por favor, ¿podrías quitarte el calzado y dejarlo aquí en el *genkan*?

Bruno sabía, por los viajes que había hecho con su mamá, que descalzarse para entrar a una casa o a un lugar sagrado era una costumbre habitual en países asiáticos o musulmanes. Por eso se sentó en un



escalón, se sacó las zapatillas y las acomodó en uno de los casilleros vacíos.

—Gracias. Ahora podemos pasar. Si te molesta quedarte solo con las medias, hay *surippa* para invitados —agregó ella mientras le mostraba unas chinelas sobre el escalón.

—No te preocupes. Así estoy perfecto —contestó Bruno.

Yume lo guio por un corredor estrecho que tenía a un lado varios paneles corredizos de papel con pinturas de dragones, pájaros y flores. Deslizó los últimos y ambos entraron a una sala que olía a incienso y a juncos, quizá porque el suelo estaba recubierto por una especie de alfombra de ese material. A través de un gran ventanal que iluminaba la habitación de manera cálida, se veía un jardín impecable, con arbustos prolijos, pequeñas cascadas, corrientes de agua, esculturas, mandalas de arena... Bruno observó cada detalle, desconcertado y al mismo tiempo fascinado por ese sitio que no esperaba encontrar. Era como si Yume y él hubieran atravesado un umbral invisible que los había transportado al otro lado del mundo, lejos de la escuela y la pelea, más allá del enojo y el trabajo encargado por el rector, a un hogar tradicional de Japón.

—Wow —exclamó sin disimular su sorpresa—. Esto es... Me hace acordar a la película *El último samurái*.

Se sintió tonto al mencionarlo. Pero ella sonrió.



—Ya sé. Falta Tom Cruise —bromeó, y mientras le mostraba su celular agregó—: Pero me mandó un mensajito avisando que no va a venir.

A Bruno le llamó la atención el chiste de Yume, aunque, en realidad, apenas la conocía. Era absurdo pensar que no tenía sentido del humor solo porque en la escuela era reservada y tranquila.

—Seguro te lo dicen todo el tiempo, ¿no? Digo, las chicas del cole o la gente que viene se quedarán así, como yo. La respuesta lo desconcertó.

—Nadie vino nunca. No es fácil compartir ciertas cosas.

En ese momento, entró una mujer vestida también con kimono. Llevaba una bandeja con una tetera y varias tazas que depositó sobre una mesita baja.

—Okâ-san, te presento a Bruno, mi compañero. Ella es mi mamá.

No supo cómo saludarla y volvió a sentirse incómodo. La mujer notó su desconcierto y luego de inclinarse apenas, señaló la bandeja.

—¿Te gustaría una taza de té?

Bruno aceptó. Yume entonces murmuró algo en japonés y él creyó escuchar las últimas palabras que pronunció: *Yoshi ojî-chan*.

—Ya vuelvo —le avisó.

Bruno tomó la taza que la mamá de Yume le ofrecía. Notó en la porcelana ciertas líneas doradas. Parecían unir partes que tal vez se habían roto.



El primer sorbo de té lo bebió por compromiso. Pero el sabor era delicioso. Al tomar el segundo vio por el ventanal a Yume. Se acercaba al centro del jardín, por un pequeño puente de piedra. Allí, sentado bajo un árbol, había un anciano.

Kioto vivía amenazada. Hasta nosotros, que éramos unos chicos, lo sabíamos. Se esperaba un ataque inminente y demoledor, algo que dejara en evidencia el colosal poder de Estados Unidos, que no olvidaba ni perdonaba la humillación de Pearl Harbor. Por eso querían aniquilar una ciudad. Debía ser un hecho ejemplificador. La lista de posibilidades incluía otras ciudades. Kokura, Hiroshima, Niigata... Ninguna había sufrido antes un bombardeo. Y eso, como se supo después, era un requisito indispensable para convertirse en el objetivo de los enemigos. Sin embargo, la primera opción siempre fue Kioto. No era ni es una ciudad más. Fue la antigua capital del imperio y aún hoy posee más de dos mil templos y altares budistas, incluidos diecisiete lugares que son Patrimonio de la Humanidad. Además, muchas industrias y fábricas de relevancia se habían reubicado allí durante la guerra. Y lo más importante: era sede de prestigiosas universidades con intelectuales como mis padres que comprenderían el mensaje. Destruir Kioto podía convertirse en un símbolo. Por eso debíamos estar preparados. Y mientras esperábamos lo peor, Taeko y yo nos enamoramos.



Para Bruno, asistir a la escuela cada día se volvió intolerable. No solo porque lo obligaba a soportar a Tomás. El clima en el aula era sofocante. Muchos padres habían ido a quejarse por el dichoso trabajo obligatorio, alegando que sus hijos no habían intervenido en la pelea. El rector sostuvo su postura.

—Cada familia tiene derecho a retirarse de la institución, si no está de acuerdo conmigo y con el resto del equipo. Pero no se confundan. Bruno y Tomás no son los únicos involucrados. También los que filmaron la pelea, los que no la detuvieron, los que ejercen *bullying*... Cada uno de los alumnos es responsable en mayor o menor medida. Para que se produzca un cambio, debemos concientizar a todos.

Pocos creían, sin embargo, que su idea tendría éxito. Entre los profesores mismos continuaban las dudas.

—Ese grupo no tiene arreglo.

—Y si antes se llevaban mal, ahora no pueden ni verse.

—Es un polvorín. En cuanto salte una chispa...

Era cierto. La tensión había aumentado, aunque permanecía agazapada, como una fiera al acecho. Bruno debía reconocer que Tomás no se exponía tanto. Seguía mortificando a algunas de sus víctimas preferidas, como a la Nerd, pero de manera solapada. Además, varios de sus seguidores lo habían *frezado*.

Igual, Tomás no se resignaba a la pérdida de poder. Y Bruno presentía que se moría de ganas de vengarse



---

de él por la paliza que le había dado y que lo humillaba. Por eso lo provocaba con palabras dichas al pasar, algún comentario despectivo, un gesto señalando sus moretones o el cabestrillo que seguía usando...

Bruno trataba de ignorarlo. Pero Tomás lo sacaba de quicio. No sabía cómo contenerse.

—¿Te acordás de la película *Laberinto*, la de David Bowie? —le preguntó un día la mamá que, por supuesto, estaba al tanto del trabajo impuesto por el rector a su hijo y a los compañeros.

Bruno respondió de mala gana.

—Más o menos. La vimos cuando era más chico.

Ella sonrió de una manera enigmática.

—¿Por qué no la buscás?

Bruno no entendió por qué mencionaba esa película y alzó los hombros con desinterés.

—No creo que esté en la plataforma en la que miro las series.

—Te la busco. Todavía tengo el DVD.

Recuerdo que era primavera. Los *sakura* estaban en flor, como si no se hubieran enterado de los horrores de la guerra que nos acechaba. O como si quisieran olvidarla. Aquel día yo estaba nervioso. Llevaba bastante tiempo viendo a Taeko pasar a mi lado, escuchando su risa, conformándome con esos breves instantes en los que solo la observaba. Pero al fin había decidido hablarle,



presentarme y confesarle lo que sentía. Era una osadía de mi parte. Una locura, incluso. Salvo su nombre, que había escuchado por casualidad, no sabía nada de ella. Y, sin embargo, la amaba. Por supuesto existía el riesgo de que ella me rechazara. En aquellos momentos, todavía había familias muy tradicionales que concertaban matrimonios para sus hijos. Algunas antiguas costumbres impedían que un muchacho se acercara a una chica de ese modo, como iba a hacerlo yo. Sin embargo, mis padres, que eran profesores universitarios, me habían criado de manera más liberal, más moderna. Y, además, empezábamos a comprender que la guerra te roba tantas cosas... Una de ellas es el tiempo. Nadie podía asegurarme cuánto nos quedaba a Taeko o a mí. Por eso la esperé, junto a una piedra donde está grabado un poema del Nishida Kitarō, el filósofo que solía meditar en esta zona mientras se dirigía hacia la Universidad de Kioto. En su honor el sitio se llama Paseo de la Filosofía. Yo no meditaba, claro. Aguardaba con el alma en vilo que Taeko apareciera por el camino, una flor más entre los cerezos. En mis manos anidaba una humilde grulla de papel de origami que había plegado con paciencia la noche anterior. De pronto la vi. Sonreía. Fue el último impulso que necesitaba. Y me acerqué.

El anciano caminaba lento, apoyado sobre el brazo de Yume, con la espalda encorvada. También vestía un



traje tradicional, como los de la película de Tom Cruise. Cuando entraron en la sala, Bruno dejó la taza de té y se puso de pie para saludarlo. Yume se lo presentó.

—Es mi *sofu...*, mi abuelo.

Bruno lo saludó con una leve inclinación, como había hecho antes con la chica y su mamá.

—Mucho gusto, señor...

El anciano no respondió. Solo levantó la cabeza y miró a Bruno en silencio, detenidamente, como si quisiera ver algo más allá de sus ojos. Así permaneció varios minutos hasta que Bruno, molesto consigo mismo y la situación, volvió a arrepentirse de haber aceptado la propuesta de Yume. Y eso lo fastidiaba. Muy pintoresca la casa de la chica con el jardincito y las cascaditas, súper cool el *look geisha* de ella y de su mamá, exquisito el té... Pero ya era suficiente japonismo para una tarde. ¿Qué pretendía su compañera con todo eso? ¿Qué pintaba el viejo ahí? ¿Por qué no dejaban la ceremonia con las tacitas rotas y las reverencias y se ponían a hacer el maldito trabajo? ¿O iba a seguir presentándole parientes?

Bruno acomodó las hojas que había impreso para disimular sus ganas de irse: en el fondo no quería parecer maleducado ni que se notara su malhumor. Sin embargo, cuando el anciano le hizo un gesto a su nieta y ella lo ayudó a sentarse frente a la mesita baja, perdió la paciencia.

—Podemos posponerlo para otro día, si estás ocupada. Por mí no hay problema —se animó a decir y



de él por la paliza que le había dado y que lo humillaba. Por eso lo provocaba con palabras dichas al pasar, algún comentario despectivo, un gesto señalando sus moretones o el cabestrillo que seguía usando...

Bruno trataba de ignorarlo. Pero Tomás lo sacaba de quicio. No sabía cómo contenerse.

—¿Te acordás de la película *Laberinto*, la de David Bowie? —le preguntó un día la mamá que, por supuesto, estaba al tanto del trabajo impuesto por el rector a su hijo y a los compañeros.

Bruno respondió de mala gana.

—Más o menos. La vimos cuando era más chico.

Ella sonrió de una manera enigmática.

—¿Por qué no la buscás?

Bruno no entendió por qué mencionaba esa película y alzó los hombros con desinterés.

—No creo que esté en la plataforma en la que miro las series.

—Te la busco. Todavía tengo el DVD.

Recuerdo que era primavera. Los *sakura* estaban en flor, como si no se hubieran enterado de los horrores de la guerra que nos acechaba. O como si quisieran olvidarla. Aquel día yo estaba nervioso. Llevaba bastante tiempo viendo a Taeko pasar a mi lado, escuchando su risa, conformándome con esos breves instantes en los que solo la observaba. Pero al fin había decidido hablarle,



extendió las hojas para dárselas a Yume—. Te dejo esto para que vayas leyendo y...

Fue el abuelo quien lo detuvo, al decirle con una voz firme y a la vez dulce.

—Bruno es tu nombre. ¿Verdad?

El asintió con la cabeza.

—Soy Takami Yoshihira. Y voy a hablarte de Hiroshima.

Nos encontrábamos cada día. En el mismo sitio, allí donde el canal se cruza con la calle de acceso al Pabellón de Plata. Desde allí caminábamos hasta los jardines del templo Eikan-do. Eran encuentros breves y a veces apenas hablábamos. Pero estábamos juntos. Y eso nos bastaba. Cuando nos despedíamos, yo le regalaba un pequeño origami. Podía ser una flor, un pájaro, una estrella... o un *tsuru*, un ave que simboliza felicidad y prosperidad. Taeko siempre sonreía al recibirlo y repasaba los pliegues con sus dedos finos, como si los acariciara. Habían pasado dos semanas desde que me había atrevido a acercarme a ella y los cerezos comenzaban a perder sus pétalos. Siempre me maravillaba aquella lluvia delicada y florida que tapiza el suelo o el agua con una bella capa vegetal. Sin embargo, por primera vez en mi vida, la escena me provocó infinita nostalgia. Taeko sentía lo mismo, porque me dijo:

—Parecen lágrimas.



Aunque no era día de entrenamiento, Bruno se fue directamente al club al salir de la casa de Yume. Necesitaba nadar para despejarse. No había podido hacerlo desde la pelea porque al oculista le preocupaba la evolución de su ojo. Pero ya le había dado el alta.

—Tuviste suerte —le había advertido el médico—. Un golpe así puede provocar desprendimiento de retina y dejarte ciego.

Saludó a un par de conocidos y eligió el andarivel más alejado para evitar que alguien se acercara para hacerle preguntas o entablar una charla. En general no pasaba. Cada uno estaba en la suya. Por eso a Bruno le gustaba nadar. Cuando se sumergía en el agua, se quedaba solo y no existía posibilidad de que algo lo perturbara. En ese mundo líquido se concentraba en los movimientos.

Como siempre, con las primeras brazadas el enojo y el malhumor se fueron disipando, aunque resultó imposible borrar de su mente la imagen de Yume, de su casa, del abuelo... Intentó concentrarse en la técnica. *La mano entra en el agua entre el hombro y la línea media del centro del cuerpo, con la palma girada parcialmente hacia abajo y afuera.* ¿Cómo se llamaba el viejo? Porque primero había dicho su apellido, el mismo que el de Yume: Takami. *Orden de entrada en el agua: dedos, muñeca, antebrazo, codo y brazo.* Entonces, ¿Yoshihira sería su nombre? Algo así había escuchado. *Yoshi ojî-chan*, había



murmurado Yume. *Para propulsarse mejor, el tirón debe ir hacia atrás y hacia la cadera opuesta, con el brazo flexionado casi 90°, el codo alto, los dedos cerrados, la palma hacia atrás y la muñeca firme. ¿Qué edad tendría el viejo? Dijo que iba a hablarles de Hiroshima. Pero apenas habló. Para el empuje, el brazo se extiende, con la mano hacia afuera, arriba y atrás. Si había estado en Hiroshima en 1945, por lo menos tenía noventa y pico. La mano sale del agua con la palma dirigida hacia el muslo. Aunque había mencionado que vivía en Kioto y después siguió con el asunto de cuando vio por primera vez a Taeko. ¿Qué tenía que ver con Hiroshima? Inspirar por la boca por ambos lados cuando las manos entran en el agua y completan el empuje. No tenía ganas de escuchar la historia de esa tal Taeko y no le encontraba relación con el maldito trabajo. Debía ser una chica que le gustaba al viejo, era obvio. Y con eso ¿qué? La patada se inicia desde la cadera con movimiento de látigo. Iba a decirle a Yume que la cortaran con investigar para el trabajo y escuchar al abuelo Takami, Yoshihira o como se llamara. Era lo mejor. Flexionar las piernas en la parte más alta del batido y estirar progresivamente hasta alcanzar la máxima extensión en el punto más bajo. Además, si Tomás se enteraba de que estaban haciendo el trabajo juntos seguramente los bardearía, y no sabía si iba a poder contenerse. Para propulsarse y disminuir la fuerza de resistencia, hay que cortar la superficie con la frente, mirar hacia abajo y un poco hacia adelante,*



*mantener las caderas altas y efectuar los giros laterales o rotidos, sobre el eje longitudinal. Esa era la mejor excusa que podía darle a Yume. Que si Tomás se enteraba...*

Bruno salió de la piscina dos horas más tarde. No tenía idea de la cantidad de largos que había nadado. Sin embargo, no había logrado sacudirse del todo el malestar.

Cuando llegó a su casa, se fue directamente a su cuarto.

En la compu había un post-it pegado. Reconoció la letra de su mamá. "Acá te dejo el DVD para que veas la peli", decía.

A pesar de que no tenía demasiadas ganas, lo puso, le dio ENTER y empezó a ver *Laberinto*.

Taeko escribía haikus. No era extraño. El mundo poético es parte de la vida de todo el pueblo japonés, desde tiempos muy antiguos. No importa si se es campesino o emperador. La poesía nos acompaña desde pequeños. Pero a ella la apasionaba. Tenía un cuaderno en el que anotaba los haikus que le gustaban y los que ella misma creaba. Me los leía con cierto pudor y modestia y esperaba mi crítica que jamás llegaba. Sus palabras eran tan exquisitas como para vulnerarlas. Siempre recuerdo uno de Kobayashi Issa, uno de sus autores preferidos:

*De no estar tú,  
demasiado enorme  
sería el bosque.*



—Es tan bello —murmuré.

Taeko sonrió con tristeza y entonces me dio la noticia.

Yume estaba sola, en un rincón del patio. Bruno dio un vistazo apurado alrededor. No había rastros de Tomás ni de los pocos aduladores que le quedaban. Se acercó a la chica que estaba sentada en un banco, muy concentrada para notar su presencia hasta que se detuvo a su lado.

—Hola.

Yume se sobresaltó y cerró instintivamente el cuaderno de tapas floreadas en el que estaba escribiendo con un movimiento casi brusco, inusual en ella. Su expresión se relajó al verlo.

—Hola. Me sorprendiste. ¿Estás bien?

Bruno no sabía por dónde empezar, aunque había ensayado diferentes explicaciones.

—Sí, gracias. Muy bien. Quería decirte... Me quedé pensando... el otro día... por lo del trabajo... no sé si va a... Cuando fui a tu casa... Que me encantó, claro... Igual que tu familia... Todo bien, pero...

No quería herirla ni que sus palabras sonaran despectivas. Por eso dudaba. Yume solo lo miraba y había tanta paz en sus ojos.

“Soy un imbécil”, pensó. “Se lo digo de una y ya. Si se ofende, que se ofenda”.

En ese momento lo vio. En el lado opuesto del patio. Con una mueca de triunfo en la boca y ese aire



insoponible de superioridad que a Bruno lo sublevaba. Era lo que quería evitar, que Tomás los descubriera así, tan juntos. O juntos, en realidad. Cuando le guiñó un ojo e hizo gestos obscenos señalando a Yume, Bruno apretó los puños con una rabia incontenible. Ella estaba de espaldas, sin darse cuenta de lo que sucedía. Por eso preguntó:

—¿Qué me decías?

Bruno no le quitaba los ojos de encima a Tomás, que siguió provocándolo con movimientos cada vez más explícitos y groseros, sacudiendo la pelvis, mordiéndose los labios, agitando la lengua... De pronto, se acordó de *Laberinto*, la película que había visto la noche anterior.

“Ya no es para mi edad”, renegó al principio. Pero la miró. Hasta el final, aunque se le cerraban los ojos, agotado después de nadar horas. Se había dormido en algunas partes seguramente. Porque en ciertas escenas, el sueño confundía a Sarah, encarnada por Jennifer Connelly, con Yume, y al rey Jareth, que interpreta David Bowie, con Tomás. Tal vez por su cabellera larga y rubia, prolijamente despeinada, igual que la del cantante. O por la letra de la canción. *Your eyes can be so cruel just as I can be so cruel*. Eso. Tomás era cruel. Como los que mataron a su papá. O como el rey de los duendes que quería dominar a Sarah y obligarla a perderse en su laberinto. A Bruno le encantaba el final, cuando Sarah lo enfrenta y repite: “Por increíbles peligros e innumerables fatigas,



me he abierto camino hasta el castillo más allá de la ciudad de los goblins, porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya y mi reino...”.

El timbre interrumpió sus pensamientos como Jareth interrumpía la frase de Sarah.

“Te pido tan poco...”, suplicaba el personaje de Bowie. “Deja solo que te gobierne y podrás tener todo lo que tú quieras... Solo témeme, ámame, haz lo que te digo y seré tu esclavo”.

Todos los alumnos de la escuela volvían apurados a sus aulas. Bruno no se movió. Tampoco Yume, que esperaba una respuesta. Tomás hizo un último gesto asqueroso, mientras se alejaba.

“No tienes poder sobre mí”, le contestaba Sarah a Jareth para romper el hechizo y liberarse. Bruno respiró profundo, como hacía cuando daba una brazada, buscando el aire que necesitaba para no ahogarse. “No tienes poder sobre mí”, se repitió. Entonces, igual que en el agua, encontró fuerzas para impulsarse y dijo:

—Deberíamos reunirnos hoy de nuevo, para adelantar el trabajo. ¿Está bien si voy a las cinco?

Taeko lo dijo con lágrimas en sus ojos. *Sokai*. Creí que mi corazón se partía como una vara de bambú seca, al oír esa expresión. *Sokai* significaba enviar a los niños lejos de su hogar, algo frecuente en aquellos tiempos. Las familias lo hacían para protegerlos. Podían refugiarlos



en un santuario o con parientes que vivieran en una zona rural, cualquier sitio menos expuesto a la guerra era bueno. Y los padres de Taeko habían decidido que se fuera a Hiroshima, donde vivía la tía. Esa ciudad no había sido hostigada por la guerra como otras. Solo habían caído dos bombas. La primera se había perdido en el río; la segunda solo había causado dos víctimas, cifra insignificante comparada con lo ocurrido en otros sitios. Por eso, los habitantes de Hiroshima se consideraban afortunados. Y circulaban rumores disparatados acerca de las causas de esa inmunidad. Algunos afirmaban que, al acabar la guerra, los *ame-kou*, como llamábamos a los estadounidenses, instalarían allí sus fuerzas. Otros, que la madre del presidente enemigo había visitado Japón en su juventud y había quedado prendada en especial por la belleza de esa pequeña ciudad. Las autoridades militares descreían de estas suposiciones. Si la guerra se prolongaba, serían atacados probablemente como Tokio, con las nuevas bombas incendiarias y el implacable napalm, tan eficaz para las casas japonesas, la mayoría de papel y madera. Yo, sin embargo, me aferré a esas supersticiones con desesperación. Le supliqué a Taeko que obedeciera a sus padres, que se pusiera a salvo. Taeko lloraba, y para consolarla le prometí que la esperaría cada día de mi vida, allí, donde nos habíamos conocido y enamorado, bajo el *sakura*, y le dije que volveríamos a encontrarnos.



—¿Cuándo? —preguntó ella entre sollozos.

Miré a mi alrededor buscando una respuesta que transmitiera confianza a mi amada, buscando algo que la guerra no pudiera corromper ni alterar. Y le aseguré:

—Cuando florezcan los cerezos.

El señor Takami hablaba de manera pausada, como si cada palabra desenredara recuerdos dolorosos. De todos modos, compartía su historia y aceptó que su nieta lo grabara y filmara. A pesar de su resistencia inicial, Bruno lo escuchaba con atención y se fue acostumbrando a esa voz grave y ronca, que cada tanto se quebraba. Entonces el anciano detenía su narración, se disculpaba y se retiraba. En las primeras entrevistas, Bruno aprovechaba ese momento para despedirse de Yume e irse apurado. Sin embargo, los viajes con su mamá habían despertado en él una respetuosa curiosidad por otras culturas. Quizá por eso, empezó a preguntar acerca de las costumbres que la familia mantenía, aunque habitaba en otro país tan diferente.

—Cada detalle —el kimono, la ceremonia del té, el jardín...— es importante para mi abuelo —le explicó Yume—. Cuando emigró de su tierra, dejó atrás tanto... Pero de algún modo aquí construyó un rincón de Japón que nadie puede arrebatarse. Y nos da felicidad ayudar a conservarlo, respetando algunas de esas tradiciones tal vez un poco antiguas.



—Tu abuelo domina rebién el español.

—Vive acá desde hace muchos años, cuando vino a trabajar en la embajada. Pero tiene facilidad para los idiomas. Su mamá era traductora, además. Y le enseñó desde pequeño.

Un día, mientras recogía sus cosas con menos urgencia que otras veces, Bruno preguntó:

—¿Cómo se dice *abuelo* en japonés?

—Depende. Si hablamos de él con alguien que no es de la familia, usamos la palabra *sofu*.

Pero entre nosotros es *ojî-chan*.

—Suena difícil —dijo Bruno, y se rio de su torpeza al tratar de repetirlo.

Recibí tres cartas de Taeko. La última estaba fechada en junio. Quizás envió otras después, pero el correo no funcionaba con precisión y la correspondencia se perdía o demoraba meses en llegar a destino. Aquellas tres cartas me devolvieron el aire que me faltaba sin Taeko. Yo las leía y las releía mil veces y las atesoraba porque habían estado en sus manos. Las leía bajo el *sakura*, donde la esperaría cada día, como le había prometido. Aunque faltaba demasiado para que volviera a florecer, regresar a los sitios donde habíamos estado juntos aliviaba la pena de la separación. Taeko me contaba acerca de su vida en Hiroshima. “La comida escasea también aquí. No recuerdo ya el sabor del *misoshiru*. Con suerte, en



vez de *miso*, a veces flotan en la sopa pedazos pequeños de batata”. Se llevaba bien con su tía y adoraba a las primas. “Son traviesas, pero su risa es tan inocente que me hace olvidar esta guerra que nos ha separado”. La casa de sus parientes estaba en las afueras, alejada del centro. “Pero un domingo fuimos en tranvía a pasear y llegamos hasta el río. Desde allí vi un edificio moderno y elegante. Era imponente, de dos pisos, coronado por una cúpula preciosa. Creo que fue construido para ser centro de exposiciones de comercio. No sé por qué me gustó tanto. Hubiera querido tomarle una foto para enviártela”. No pudo hacerlo, claro. Ya no supe nada más de ella. Porque llegó el 6 de agosto, cuando en la radio oímos lo que había sucedido en Hiroshima.

Cuando Bruno entró en su casa, su mamá señaló el reloj de la pared.

—Estaba preocupada. ¿El entrenamiento no termina a las ocho y media?

Hacía mucho que Bruno no le daba explicaciones. Sin embargo, en lugar de ignorarla e ir a encerrarse en su habitación después de dar un portazo como solía hacer desde la muerte de su papá, le dio un beso y contestó:

—Me quedé nadando para recuperar el tiempo perdido y ponerme en forma. Voy a la cocina. Me muero de hambre.

La madre se sorprendió tanto por el beso y la respuesta amable, que sonrió.



—Dejá, voy yo y te preparo un tostado de jamón y queso. Con el pan finito que te encanta.

Bruno se dejó caer en el sillón, agotado.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó ella, cuando regresó con la comida.

—No sé. Bien, bien, supongo. Algunas. Otras siguen igual, creo.

—Sin embargo, se te nota más relajado.

Bruno alzó los hombros.

—Debe ser porque volví a entrenar.

La madre lo conocía bien y sospechaba que había algo más. Pero no quiso ahondar demasiado en los sentimientos de su hijo y que Bruno interrumpiera esas breves charlas que empezaban a mantener, después de tanto silencio. Por eso cambió de tema.

—¿Y el trabajo sobre Hiroshima? —preguntó tratando de no demostrar demasiado interés.

—Avanzamos, aunque el abuelo de mi compañera está enfermo. Hoy, por ejemplo, no pudimos entrevistarlo.

—¿Y qué tal te llevás con ella?

—Bien. Es buena onda.

—¿Cómo se llama?

—Yume.

—Bonito nombre. ¿Ya le preguntaste lo que significa? —Bruno negó con la cabeza y ella comentó—: Los nombres japoneses tienen un significado especial.

—Ni idea.



Entonces, la mamá le alcanzó una bolsa que estaba sobre la mesa.

—Te traje algo de la agencia. Ya sé que en internet se consigue de todo, pero sigo prefiriendo los libros. Estos son sobre Japón. Hay uno específico de Hiroshima. Te pueden interesar. Y también te hice una lista de películas sobre el tema.

Bruno le agradeció y, cuando terminó de comer, se fue a su habitación. Apoyó los libros sin prestar atención sobre el escritorio. Uno se cayó al suelo y se abrió. Al recogerlo, lo hojeó y en una página vio una foto que mostraba Hiroshima después de la bomba, completamente destruida. En el centro se erigía, desolado, el único edificio que había quedado en pie.

Nadie tenía certeza de nada. Ni siquiera del arma con la que habían atacado Hiroshima. La información que circulaba era escasa, confusa, basada solo en rumores... Pero aterradora. Como muchos otros, yo no me separaba de la radio, atento a cada noticia. La tensión en la gente era tremenda. Pero el gobierno mantenía silencio e ignoró el ultimátum de Estados Unidos que amenazaba con bombardear otra ciudad. A pesar de estar acorralado, Japón no aceptaba los términos que imponían los enemigos para cesar la lucha. Aunque suene increíble, eso me daba esperanzas. No porque quisiera que la guerra continuara. Pero tal vez las historias



sobre Hiroshima fueran exageradas. Quizá la casa de la tía que quedaba en las afueras no había sido afectada. Quizá Taeko estaba a salvo. Tres días más tarde, el 9 de agosto, Estados Unidos lanzó una segunda bomba en Nagasaki. Cuando a pesar de la intransigencia de las fuerzas armadas, el emperador aceptó la rendición incondicional e inmediata, comprendí que lo que había ocurrido en Hiroshima y Nagasaki debía haber sido monstruoso.

Bruno empezó a ir más a menudo a la casa de Yume. Dos, tres veces por semana, a veces cuatro, antes del entrenamiento y algunos sábados. Su excusa era que quería sacarse el trabajo de encima lo antes posible, aunque a Yume le recordaba que tenían fecha límite para la entrega y que los encuentros con el señor Takami solían ser breves.

—Mi *sofu* está enfermo —le había explicado ella—. Se cansa.

Sin embargo, aunque no pudieran entrevistarle, Bruno insistía en ir.

—Para avanzar con los datos que hay en la web. El rector dijo que no hiciéramos *copy* y *paste* así que habrá que leerlos y reescribirlos.

Y entonces revisaban juntos en la compu la información que se repetía en diferentes páginas y la comentaban. No siempre coincidían en sus opiniones. Él



proponía adjuntar documentos como la carta que Einstein le había escrito al presidente Roosevelt advirtiéndole que Alemania avanzaba en el proceso de fabricar una nueva y poderosa bomba, con uranio como fuente de energía.

—Es importante —sostenía Bruno—. Eso puso en marcha, según dice acá, el proyecto Manhattan. Podemos hablar del grupo de investigadores que trabajaba en secreto en Los Álamos para crear la bomba, de la prueba que hicieron en Nuevo México, de...

—Creo que el rector no pretende una enumeración de hechos o cifras —dudaba Yume—. Aclaró que debíamos sentir en carne propia el dolor y la desesperación que esos eventos provocaron. Para eso necesitamos un enfoque más humano.

—Pero podemos mencionar... —Bruno revisó la pantalla y leyó— el dilema moral de Einstein que, a pesar de ser pacifista, compartió esa información porque creía que un arma semejante, en manos de los nazis, sería catastrófica.

Yume lo interrumpió.

—¿Y no fue catastrófica en manos de los yanquis?

“Metí la pata”, pensó Bruno y se calló.

Ella leyó fragmentos de la página que estaba abierta en su notebook.

—Podemos contar que “Einstein se arrepintió toda su vida y que el gobierno de Estados Unidos ignoró



la segunda carta en la que advertía de los peligros de continuar con la carrera armamentística cuando los servicios de inteligencia ya habían confirmado que Hitler no tenía una bomba nuclear” —Yume movió el cursor y continuó—. Podemos hablar también “de los cuestionamientos de los científicos dirigidos por Oppenheimer, que se enorgullecieron de superar los obstáculos y crear aquella superbomba”. Podemos citar incluso “las objeciones a utilizar esa monstruosidad cuando Japón ya se hallaba debilitado”. Pero lo cierto es que el 6 de agosto de 1945, el *Enola Gay* dejó caer sobre Hiroshima la primera bomba nuclear de la historia, a la que como una broma siniestra llamaron *Little Boy*. Y que en los primeros nueve segundos posteriores al impacto murieron unas cien mil personas. Que la ciudad quedó arrasada por una onda expansiva nunca vista, que a 1,5 kilómetros a la redonda del punto donde cayó ese único artefacto todo desapareció, que los que sobrevivieron presentaban quemaduras espantosas... Pero ¿alcanza eso para describir aquel ataque atroz? Cien mil personas se evaporaron en segundos sin contar los otros miles que murieron en los días, meses y años posteriores a causa de la radiación. Cada uno de ellos era un padre, una madre, un hijo, una hermana, una historia de amor que...

Yume no pudo seguir. Lloraba. Bruno nunca la había visto así, alterada. Lo lógico hubiera sido consolarla,



abrazarla incluso. No se atrevió. No existía tanta confianza entre ellos y, a pesar del tiempo que compartían, ambos mantenían cierta distancia, que en parte Bruno agradecía, ajeno —como se sentía desde hacía tiempo— a las demostraciones de afecto.

Permanecieron unos minutos en silencio. Él pensó en irse, en dejarla sola. Sin embargo, en ese momento, comprendió por qué Yume había insistido en que se reunieran en su casa y por qué le había abierto las puertas de ese mundo sereno, lleno de nostalgia por lo que el abuelo había dejado atrás en un Japón que la guerra había destrozado. Fue entonces cuando le preguntó a Yume:

—¿Te gusta el cine?

Ella se secó las lágrimas y afirmó con la cabeza.

—Mamá me pasó una lista de películas relacionadas con Hiroshima. Pensé en mirar alguna. Podríamos hacerlo juntos —le propuso.

La chica no respondía.

“La embarré más”, pensó Bruno. “En lugar de disculparme, le salí con algo que nada que ver, como si no me importara que estuviera llorando”.

Decidió irse. Ella lo detuvo.

—Me encantaría ver una de esas películas. ¿Por cuál empezamos?



## Tercera parte



*El agua se cristaliza  
las luciérnagas se apagan  
nada existe.  
Chiyo-ni*



**Ya no** caía aquella siniestra lluvia negra y, sin embargo, Taeko hallaba rastros de ella entre los escombros y las ruinas por donde deambulaba, como si la muerte se hubiera empeñado en dejar, como un estigma, su marca grabada para siempre en Hiroshima. Hacía días que había abandonado el hospital. Allí no había sitio para ella, después de haber perdido a su tía. Y después de haber presenciado escenas desgarradoras. Además, los heridos y los enfermos continuaban llegando con nuevos y estremecedores síntomas. Nadie sabía cómo ayudarlos y los recursos escaseaban. Igual que el alimento. Cada tanto algún camión militar de los que recorrían la ciudad se detenía y repartía puñados de arroz. Pero la fila de hambrientos era demasiado larga y no siempre Taeko alcanzaba a recibir una ración. El hambre no era el único de sus problemas. Tampoco



tenía dónde dormir. Algunas personas improvisaban refugios precarios con lo que encontraban: un pedazo de madera, una tabla chamuscada, jirones de tela... La mayoría, como Taeko, se dejaba caer en cualquier parte, cuando las fuerzas la abandonaban, e intentaba en vano descansar. No siempre podía. La noche amplificaba los llantos, los gemidos, los gritos que desgarraban el silencio. Y traía las pesadillas.

Era una tarde soleada, luminosa, inesperadamente cálida para ser todavía invierno.

—Siempre pasa así antes de la tormenta de Santa Rosa —había dicho su mamá.

Y le había dado un beso de despedida que, por primera vez en mucho tiempo, Bruno no rechazó.

Cuando llegó a lo de Yume, el señor Takami estaba como siempre sentado en su banco, bajo el árbol del jardín. Ella le hizo señas a Bruno de que la siguiera.

—Hoy mi *sofu*... mi abuelo pidió quedarse aquí, si no te incomoda.

—Para nada —respondió él y, aunque Yume se sentó junto al anciano en el banco, Bruno prefirió hacerlo sobre el sendero, con las piernas cruzadas.

En lugar de retomar su relato, como solía hacer, el señor Takami le preguntó si le agradaba el jardín.

—Me encanta —respondió Bruno—. ¿Lo diseñó usted? El anciano negó con la cabeza.



—Él me diseñó a mí.

—No entiendo.

—¿Ves aquella roca que está en el centro de la pequeña isla? La traje desde Kioto, la ciudad donde nací. Un texto sobre paisajismo del siglo XII dice que se debe buscar el deseo de la roca. Fue lo que intenté. Luego fui añadiendo los demás elementos: el resto de las piedras, la linterna, la arena, la cascada, las plantas... Cada uno posee un valor simbólico, representa algo...

—Y si uno lo hace así, sin planificarlo antes, ¿no corre el riesgo de que quede desprolijo?

—Igual que el ser humano, el jardín debe buscar y encontrar un equilibrio. Pero ese equilibrio siempre será inestable y puede romperse. La belleza, Bruno-san, está en lo imperfecto, en lo inacabado.

Cuando el abuelo se retiró a descansar, Bruno se quedó pensando. No terminaba de encontrarle sentido a esas palabras, aunque sabía que el anciano no las había dicho porque sí. Tenía la sensación de que estaban especialmente dirigidas a él. ¿Le habría contado Yume el episodio de la pelea en la escuela?

Su entrenamiento empezaba en una hora, pero hacía rato que no salía corriendo después de las entrevistas. También ese día quiso prolongar aquel momento único y le pidió a Yume que se quedaran un poco más en el jardín. Permanecieron en silencio hasta que él le preguntó, señalando el árbol bajo el cual se sentaba el señor Takami:



—¿También lo trajo de Japón?

Yume asintió.

—¿Y qué árbol es?

—En japonés lo llamamos *sakura*. Es un cerezo.

Con las primeras luces del amanecer Taeko abandonaba el sitio donde pasaba la noche, siempre distinto, y empezaba a caminar. Caminaba durante horas. Sin rumbo fijo. Extraviada entre la tristeza y el desamparo. Pero sin detenerse. Moverse le recordaba que continuaba viva. A veces, intentaba encontrar un punto de referencia para ubicarse. Era inútil. A su alrededor, la devastación era infinita. Hasta que un día, sin saber cómo, llegó hasta el río. Las aguas también corrían ennegrecidas y arrastraban cuerpos que las cuadrillas aún no habían podido recuperar. La imagen era desoladora. Sin embargo, en la otra orilla vio aquel edificio que tanto le había gustado y que había mencionado a Yoshi en su última carta. Los vidrios habían estallado y solo quedaba el esqueleto desnudo de la hermosa cúpula. Pero las paredes habían resistido al horror, empecinadas inexplicablemente en no doblarse ante la calamidad. Se dio cuenta de que ella también permanecía de pie, como aquel edificio, por alguna razón que no lograba descifrar. “Debería alegrarme”, se dijo, y, sin embargo, los ojos se le nublaron y comenzó a llorar.



No esperaba encontrárselo ahí, en la esquina de la casa de Yume. Imposible fingir que no lo había visto. De todos modos, trató de ignorarlo y cruzó a la vereda de enfrente para pasar de largo, rumbo al club. No dio resultado, por supuesto. Era evidente que Tomás lo había seguido. Y que su intención era provocar una nueva pelea para vengarse por la paliza y la humillación que había recibido. Por eso aferró la manija del bolso de Bruno, desde atrás, con la fuerza suficiente para obligarlo a detenerse.

—¡Qué casualidad verte por acá! Tan cerca de la casa de la Ponja —se burló—. Porque ahí vive ella, ¿no?

Bruno apretó los dientes e intentó esquivarlo. Entonces Tomás le dio un empujón de costado, con el hombro que ya no tenía cabestrillo, lo que indicaba que se había recuperado y que estaba en igualdad de condiciones para pegar o defenderse. Tomás lo había calculado, por supuesto. Igual que emboscarlo así, fuera de la escuela, sin testigos, por si las cosas no salían como pretendía.

—¿Te la estás transando? —le preguntó y esta vez lo tironeó de la manga.

A Bruno le costó contenerse. Le vino a la memoria la frase de Sarah en *Laberinto*, que mágicamente la liberaba de Jareth. Con Tomás no funcionaría decir: “No tienes poder sobre mí”. Porque lo tenía. El poder de despertar su enojo y de desear partirle la cara, lastimarlo...



A pesar de eso, no reaccionó. Se sacudió para liberarse y siguió caminando en silencio. Tomás no planeaba darse por vencido.

—Así que la Ponja. Mirá vos, tan calladita...

Caminó detrás de él. Una cuadra, dos... Sin dejar de decir groserías.

—Debe ser buena en la cama. Sabrá diferentes poses. Cuando te canses, avisame. Nunca probé una...

Bruno giró tan rápido que sorprendió a Tomás. Lo aferró de las solapas de la campera y lo empujó hacia la ochava. La cabeza de Tomás retumbó fuerte cuando chocó contra la pared. Quizá por eso quedó aturdido y Bruno pudo apoyarle el antebrazo en el cuello. Tomás pataleaba y se retorció, pero Bruno lo tenía bien sujeto y presionaba la garganta. No había nadie en la calle para detenerlo. La mirada de Tomás, al que le costaba respirar, ya no parecía tan cruel. Al contrario, Bruno descubrió cierto desconcierto en los ojos desorbitados. O quizá cierto temor. Si apretaba un poco más, lo suficiente... Fueron unos segundos. ¿Cuántos? Nueve, diez quizá. Tal vez los mismos que tardaron los delincuentes en matar a su papá. O los mismos que tardó la bomba en destruir Hiroshima y aniquilar a cien mil personas. De pronto, Bruno imaginó lo que diría Yume. O el abuelo Yoshi.

Entonces reaccionó y aflojó la presión. Retrocedió unos pasos y se miró las manos, asqueado, avergonzado incluso, como si se las hubiera manchado con algo



repugnante. Mientras Tomás, encorvado, tosía para recuperar el aliento, Bruno pensó en pedir disculpas. No lo hizo. Solo se alejó corriendo.

Estaba en un rincón, entre los escombros, desnudo, sucio, con el cabello cubierto todavía con cenizas. No tendría más de dos o tres años. Y sus ojos delataban el terror. Taeko pudo haber seguido de largo, con su deambular errante y sin destino. Pero el niño le recordó tanto a sus primas. En el momento en que se le acercó, el pequeño retrocedió instintivamente, con desconfianza.

—No voy a hacerte daño —le aseguró Taeko.

Seguramente no le creyó porque dio otro paso atrás, en un desesperado intento de ocultarse tras las piedras.

Taeko se sentó entonces y empezó a cantar.

*Anta gata doko sa?*

*Higo sa.*

*Higo doko sa?*

*Kumamoto sa.*

*Kumamoto doko sa?*

*Senba sa...*

Antes de que acabara la canción, el niño, que se había ido acercando lentamente, se acurrucó en su regazo y se quedó dormido.

La película era antigua, en blanco y negro. Se llamaba *Los niños de Hiroshima* y esta vez fue Yume la que la sugirió.



—Fue una de las primeras en abordar el tema. Apenas habían pasado seis años del holocausto nuclear cuando se filmó. Todavía podía palpase el dolor, el miedo, el rencor...

A Bruno le llamó la atención que empleara el término *holocausto*. Siempre lo había oído en relación a los campos de concentración nazis. Sin embargo, después de lo que había investigado sobre las consecuencias de la bomba atómica, comprendió que era más que apropiado.

Ninguno de los dos comentó nada mientras observaban las escenas que se sucedían con lentitud, pero con un realismo doloroso que erizaba la piel. La imagen de una persona desintegrada por la onda expansiva y grabada en el pavimento agrietado era escalofriante. Al ver esto, Bruno pensó que una bomba atómica iguala a los seres humanos con las cosas. Todo queda reducido a la nada.

Cuando terminó el film, los dos se quedaron en silencio un rato. Bruno recordó entonces el encuentro con Tomás en la calle y aquella impresión que le había causado apretarle la garganta con el antebrazo. Podría haberlo matado, se repetía, y ese pensamiento lo atormentaba. Entonces tomó conciencia de que la vida, la de su papá, la de alguien joven como él o Tomás, o la de la población de Hiroshima, es demasiado frágil y en un minuto se desvanece.

No le había contado a nadie el episodio. De pronto necesitó compartirlo con Yume. Ella lo escuchó sin



interrumpirlo ni apartar sus ojos de los de él. Y en su mirada, igual que en la del señor Takami, no había reproche. Por eso, al terminar de contarle, se animó a preguntar:

—¿Y por qué tu abuelo no está enojado por lo de Hiroshima? Yo sigo furioso por lo de mi papá y casi lo reviento dos veces a Tomás —iba a decir “porque te maltrató y te insultó”, pero se calló.

Yume apoyó su mano sobre la de él.

—Mi *sofu* te preguntaría si esa furia te devolvió a tu papá.

Bruno negó con la cabeza.

—Tampoco pegarle a Tomás me sirvió para que se me pasara —reconoció Bruno—. Al contrario. Fue peor. Y encima me dio...

—Vergüenza —lo ayudó Yume.

—Sí —aunque le costaba admitirlo en voz alta, dijo—. También me dio tristeza. Por ahí te suena loco...

—Para nada. Según mi *sofu*, detrás del enojo siempre se esconde la tristeza. Porque el enojo es más fácil de soportar.

Bruno pensó en las pocas ocasiones en que había llorado por su papá, siempre a escondidas de su mamá y los demás. De pronto, se dio cuenta de cuánto lo extrañaba y de cuánto lo necesitaba.

—No sé si es por el trabajo, por las pelis... O porque Taeko y tu abuelo tenían nuestra edad y... —Yume



asintió como señal de que lo entendía y Bruno siguió preguntando—. ¿Cómo pudo el señor Takami olvidar?

—Él nunca olvidó.

—Entonces, ¿cómo siguió adelante?

Yume sonrió.

—Tal vez debas preguntarle a él.

El soldado era joven. Tenía cara de asustado. No entendía lo que Taeko le pedía. O no le importaba ayudarla.

—Necesito ir a Kioto. O mandar un mensaje a mi familia —suplicaba ella.

Mientras señalaba con su arma en la dirección por donde había venido Taeko, y sin retirar el dedo del gatillo, le repetía:

—*I can't understand you. Go. You can't stay here. Go. Go. Go now.*

La noticia del fin de la guerra se había esparcido por Hiroshima casi de inmediato. La mayoría lloró al enterarse, lamentando esa masacre. Solo unos pocos se alegraron, ilusionados con que al fin aumentaría el auxilio del gobierno que, hasta el momento, era mínimo, exiguo, insuficiente... Pero los días pasaban y los únicos que llegaron fueron los soldados estadounidenses. En cuestión de horas, las tropas de los *ame-kou* vallaron la ciudad para impedir la entrada o la salida de personas y suministros desde el extranjero o del propio Japón así como la emigración. Y mientras se multiplicaban los



enfermos en los hospitales, la gente mendigaba comida. A las pocas fuerzas militares japonesas a las que se les permitió el paso, en calidad de prisioneros de guerra, se les encargó una tarea macabra y prioritaria: recoger a los muertos, que habían empezado a descomponerse.

—*You can't leave the town. Go. Go* —repetía el soldado.

Taeko no se rendía, aunque estaba agotada. Regresaba cada día a las barricadas que el ejército de Estados Unidos había montado en las afueras. Iba con el niño que había encontrado desnudo y al que había cubierto con unos andrajos. Desde que le había cantado, él no se apartaba de su lado. No había logrado que le dijera su nombre ni que pronunciara una sola palabra. Pero el pequeño se aferraba a su mano, como un náufrago. Taeko compartía con él la mísera ración de alimento que conseguía a veces. Y otras veces solo compartía el hambre y la desesperación.

El lunes, en la escuela, volvió a cruzarse con Tomás. Trató de no llamar su atención. No hizo falta. Como de costumbre, molestaba a la Nerd, a quien había convencido —u obligado, seguramente— para que investigara e hiciera el trabajo impuesto por el rector.

—¿Cómo que no lo terminaste? —le recriminaba—. Falta un par de semanas para la entrega. ¿Sos o te hacés?

—Es que quería agregar unas fotos, pero se me rompió la impresora y no pude escanearlas —se justificaba



ella, y se la notaba apesadumbrada cuando le pidió—: ¿No podrías hacerlo vos? Yo te paso el archivo en un *pendrive* o en una memoria. O lo subo a un *drive* de la nube. O voy a tu casa.

—¿Te volviste loca? ¿Venir a mi casa? ¿Darme el *pendrive* o la memoria? —gritó Tomás, furioso, y se abalanzó sobre ella como si fuera a pegarle.

La chica, asustada, se encorvó. Nadie quería entrometerse. Bruno tampoco, pero apenas podía contener su enojo. Sin embargo, cuando Tomás le quitó los anteojos a la Nerd y amagó con estrellarlos contra el suelo, Bruno no aguantó más y dio un paso hacia él.

“¡Ah, no!”, pensó. “Te la buscaste”.

Fue entonces cuando Yume se interpuso en su camino. No solo le impidió el paso a Bruno. Avanzó hacia Tomás y lo confrontó.

—Deberías devolverle los anteojos a Laura.

Tomás se quedó con la mano en el aire, desconcertado. No fue el único. Bruno y los demás no podían creer la escena que estaban presenciando. ¿Yume, siempre tranquila, casi etérea, ella que no se metía con nadie, plantándole cara a Tomás y además sin levantar siquiera la voz, con absoluta serenidad? La sorpresa duró apenas unos instantes. Enseguida, Tomás se recompuso.

—Ponja, no te metas porque la vas a ligar también —la amenazó—. Y, además, ¿quién cuernos es Laura?



Yume se mantuvo firme. Esta vez habló con un tono imperativo.

—Ella —respondió señalando a la que para Tomás solo era “la Nerd”—. Se llama Laura. Y ahora que al fin aprendiste el nombre, deberías devolverle los anteojos.

Se oyeron un par de risitas que quebraron el silencio y enervaron más a Tomás. Intentó que sus aliados lo apoyaran, como solían hacerlo, y se burló de Yume.

—¿Vieron, chicos? La Ponja era en realidad la Mujer Maravilla. ¡Qué miedito!

Nadie le festejó el chiste. Yume lo dejó en ridículo cuando le contestó:

—En realidad, lo gracioso hubiera sido decir que soy Sailor Moon.

Y sin más le arrebató los anteojos y se los entregó a su dueña.

Esta vez sonaron varias carcajadas. Ni siquiera la Nerd logró disimular la sonrisa, mientras se acomodaba los lentes y le agradecía.

Tomás, colorado por la rabia, salió del aula. Yume regresó a su asiento, al lado de Bruno, justo cuando sonaron unos tímidos aplausos. Le temblaban las manos. Bruno se inclinó hacia ella.

—Eso fue... —Bruno dudó.

—Peligroso, ya sé —admitió Yume.

—No. Valiente. Muy valiente.



Mientras Taeko y el niño aguardaban su turno para recibir un poco de comida, alguien de la fila mencionó el santuario. Decía que estaba lo suficientemente alejado del epicentro de la explosión como para mantenerse en pie. Y que recibían y daban cobijo a todos los *hibakushas*. Fue la primera vez que Taeko oyó esa expresión sin saber que se referían a ella y a los cientos de miles de habitantes de Hiroshima y Nagasaki que no habían muerto en el momento del impacto. *Hibakusha*. Significaba algo así como “persona que ha sido bombardeada”. ¿Por qué los llamaban así y no *sobrevivientes*? Taeko no lo sabía. Pero, por algún motivo, al escuchar eso sintió una punzada en el estómago.

A Yume le sorprendió la invitación de Bruno. Hasta ese momento solo se habían reunido en su casa para entrevistar a su abuelo, para mirar películas o para organizar el trabajo.

—¿Ir juntos a tomar algo? —preguntó.

—O a comer. O a dar una vuelta. No pasa nada, si no te da...

Le costó disimular los nervios. Había salido con chicas del club. Dos compañeras de natación y otra que jugaba hóckey, pero de eso ya había pasado tiempo. Y nunca se había involucrado con alguien del colegio. Yume aceptó y se encontraron frente al local de comidas rápidas que les quedaba a los dos a mitad de camino.



Bruno llegó primero, aunque ella fue puntual. La vio cuando cruzaba por la esquina. Imaginó que no iba a ir con kimono ni con el uniforme de la escuela. Sin embargo, no esperaba el jean prolijamente roto, la campera de cuero, las zapatillas... Esta vez no hizo una reverencia para saludarla. Le dio un beso.

El lugar estaba lleno de gente y el ruido era insopor- table. Imposible conversar. Decidieron buscar otro sitio más tranquilo.

—A la vuelta hay una pizzería —dijeron al mismo tiempo y se rieron.

Pidieron una grande de provolone. Y hablaron un poco de todo. De los entrenamientos de natación, de películas, de la relación con la familia...

—Antes me llevaba muy bien con mi mamá —confe- só Bruno—. Después de lo de mi papá, las cosas cambia- ron. Estuve no sé cuánto tiempo sin hablarle.

—Yo también discuto con mi familia. No pienses que es una relación perfecta.

—Sí, me imagino. Igual, ustedes son... No sé. Por ejemplo, a vos te importa mantener las tradiciones.

—Eso sí. Hay muchos lazos que nos unen con Japón. Papá va varias veces al año. Por negocios. Abrió una fi- lial de su empresa en Tokio y acaba de inaugurar otra en Kioto. Ahora está allá, de hecho. Cada vez que va, trata de contactar con gente que conoció mi abuelo y también está organizando... —Yume bajó la vista y



cambió de tema—. ¿No fue tu mamá la que te recomendó las películas?

—Sí. A los dos nos encanta el cine. Y viajar. Viajar con ella además es... bueno, era alucinante. Porque sabe de todo. Y te cuenta las cosas de un modo... no sé... te atrapa.

De pronto, Bruno recordó el comentario de su mamá sobre el significado de los nombres japoneses y le preguntó si era así. Yume asintió.

—El de tu abuelo, Yoshihira, ¿qué quiere decir?

—Es complicado porque el japonés emplea tres sistemas de escritura. Uno de ellos es el de los *kanjis* que expresan conceptos. Hay dos *kanjis* para Yoshi muy similares.

Mientras le explicaba, Yume tomó una servilleta y buscó una lapicera en su cartera. Bruno alcanzó a ver el cuaderno de tapas floreadas en el que ella solía escribir.

—¡Qué difícil! —se admiró Bruno al ver los trazos sutiles que la chica dibujaba con una precisión exquisita.

Yume le restó importancia.

—Mi *sofu* me enseñó desde muy chica.

—Igual.

—¿Ves? —le mostró—. Yoshi con este *kanji* 蘆 es el nombre de una planta acuática, el junco, e indica flexibilidad. En cambio, Yoshi con este otro 義 es justicia y amor al prójimo.



—¿Ese es el de tu abuelo?

—Sí, aunque su nombre completo es Yoshihira 義衡. Hira simboliza el equilibrio.

—¿Y el tuyo, Yume?

—Tal como suena significa sueños, igual que la película de Akira Kurosawa. El *kanji* en este caso es 夢. En cambio, en *hiragana* sería ゆめ.

—¿Hiragana?

—Es otro de los sistemas de escritura. Más fonético. Cuando nací, mis padres querían llamarme Taeko. Mi abuelo se opuso.

—¿Qué significa Taeko? —quiso saber él.

—“Indescriptiblemente excelente”.

Bruno la miró a los ojos, tan bellos, tan calmos. Observó las líneas delicadas de su rostro, la sonrisa cálida, el cabello largo y casi azul de tan negro... Nunca había notado lo hermosa que era.

—Indescriptiblemente excelente —repitió.

—Sí. Quizás era algo exagerado.

—No —la interrumpió Bruno y no se atrevió a decir que el nombre le hubiera quedado perfecto.

Los *kannushi*, sacerdotes del santuario sintoísta, acogieron a Taeko y al pequeño como a muchos otros hombres, mujeres y niños que atravesaban a diario el *torii* naranja. Esa simbólica entrada al mundo infinito de los dioses se había convertido, luego del ataque, en la



puerta a uno de los pocos sitios donde se brindaba amparo además de un tatami para dormir y un cuenco de comida que apaciguaba apenas el hambre. Taeko había demorado la decisión de acudir allí. Si su familia o Yoshi la buscaban, tal vez no lo harían en esa zona, tan alejada. Pero debido a las estrictas restricciones que habían impuesto los estadounidenses, no había logrado establecer contacto con ellos. Y aunque se aferraba a esa esperanza, las fuerzas habían comenzado a abandonarla. Al principio lo atribuyó al incierto y continuo peregrinaje por la ciudad derruida o a la falta de alimento y descanso. Luego, a la responsabilidad que había asumido al hacerse cargo del pequeño que la seguía con la silenciosa fidelidad de una sombra. Pero cuando llegaron al santuario temió que su agotamiento se debiera a otra causa. Rezaba con fervor al *kami* protector de aquel santuario. Y repetía como una plegaria el nombre de Yoshi mil veces antes de dormir, como si de algún modo inexplicable y mágico él pudiera oírla. Pero la muerte, que Taeko había burlado hasta ese momento, no se rendía en Hiroshima. Buscaba más víctimas. Y empezaba a rondarla.

El señor Takami había querido permanecer de nuevo en el jardín, bajo el cerezo, para disfrutar de otra tarde cálida. Habló un largo rato, mucho más que en otras ocasiones. De pronto, hizo una pausa y miró el árbol.



—Debería florecer ahora, a mediados de septiembre, pero lo hace a fines de marzo, a veces a comienzos de abril, cuando es primavera en Japón. Igual que yo, vive aquí, pero su espíritu continúa en Kioto, donde nació. No ha podido olvidar —explicó y luego se dirigió a Bruno, como si hubiera adivinado aquella pregunta que él no se atrevía a formular—. Yo tampoco he olvidado lo que sucedió. Solo dejé atrás el enojo... la desolación.

—Entonces sí estuvo enojado —confirmó Bruno.

—En cierto modo lo estuve. Muchísimo tiempo. Demasiado quizá... Después de un período de gran desolación, me enojé. Con Estados Unidos, con el emperador de Japón, con el gobierno de mi país, con la familia de Taeko, conmigo... Incluso con mis compatriotas. Porque los *hibakushas* sufrieron uno de los ataques más horrosos y despiadados de la historia de la humanidad.

—Tan horroroso que después de Hiroshima y Nagasaki jamás volvió a utilizarse una bomba atómica —agregó Yume.

—Y la bomba fue solo el comienzo... —la voz del anciano se quebró y respiró profundo para continuar—. Nadie en Hiroshima y Nagasaki quedó ileso. Los que no murieron en el momento del impacto, comenzaron a fallecer horas o días más tarde a causa de lesiones y quemaduras gravísimas que cicatrizaban e inexplicablemente volvían a abrirse. También se enfermaban o fallecían los que habían acudido en auxilio de



las víctimas o de los heridos. Se les caía el cabello, se desangraban entre vómitos y diarreas, los consumían fiebres altísimas... Eran los primeros efectos de la radiactividad, desconocidos hasta el momento, y que perdurarían años y provocarían esterilidad, cáncer, horribles deformaciones en los bebés... Y a esto hay que sumarle el miedo del que nunca pudieron librarse. Miedo a enfermarse o a morir en cualquier momento, miedo de transmitirles los efectos de la radiación a los hijos, miedo a admitir que eran *hibakushas*... Porque como si su sufrimiento y su angustia no hubieran sido suficientes, con el tiempo comenzaron a discriminarlos. Los trataban como portadores del más contagioso de los males y se los rechazaba en todos los ámbitos de la vida. No conseguían trabajo o no lograban conservarlo. Nadie los quería entre sus amistades. Se descartaba la posibilidad de casarse con uno de ellos, algo humillante en aquellos tiempos, sobre todo para las mujeres. Por eso la mayoría se refugió en el silencio y prefirió no contar su historia ni siquiera a sus seres más cercanos.

El señor Takami miró a Yume, que se acercó a abrazar a su abuelo.

—A mí siempre me dijiste la verdad.

—Sí, *chīsana hana* —murmuró el anciano y, mientras le acariciaba la mejilla, se dirigió a Bruno y agregó—: Por eso accedí cuando mi adorada nieta me pidió que hablara con ustedes. Porque a medida que pasan los



años la gente tiende a olvidar incluso eventos espantosos como los que ocurrieron en Hiroshima y Nagasaki. Para el mundo esos dos ataques con bombas nucleares fueron acontecimientos que sucedieron hace tiempo y que en la actualidad solo se mencionan en un par de renglones de los libros de Historia. Yo, en cambio, elegí recordar como un modo de honrar a las víctimas de esos dos ataques. Y para que no vuelva a suceder algo semejante. Pero, para eso, primero tuve que dejar atrás el enojo que no puede reparar ni cambiar lo que ocurrió. Y lastima el alma, la destroza, la corroe... Tuve que perdonar. Y perdonarme.

Bruno asoció las palabras del señor Takami con lo que le había pasado con la muerte de su papá, aunque no terminaba de entender.

—Y eso, ¿cómo se logra?

El anciano bebió un sorbo de té y señaló la taza.

—¿Ves estas líneas doradas? En Japón creemos que cuando un objeto, como este de cerámica, tiene un valor afectivo o económico, no pierde su hermosura ni su importancia, si se rompe. Porque tiene una historia y eso lo convierte en algo irremplazable. Por eso es restaurado y se unen los trozos con polvo de oro y *urushi*, algo similar a la laca. Es un arte denominado *kintsugi*. En vez de ocultar las grietas o los defectos de la pieza, se destacan así, para que se noten. Y se celebran. Son como cicatrices. O como un testimonio de su fragilidad



e imperfección. Nos recuerdan que, a pesar de los golpes de la vida, que suelen quebrarnos, siempre podemos juntar los pedazos y repararlos para no perder su belleza, para que adquieran un significado. Y para volvernos más fuertes.

Taeko se despertó con los gritos. Una mujer trataba de abrazar al niño y él se resistía. Le costó un gran esfuerzo ponerse de pie. Cuando al fin lo logró, se había formado un pequeño grupo de curiosos a su alrededor.

—Es mi hijo —explicaba la mujer.

Taeko no podía afirmarlo ni negarlo. Ni siquiera sabía el nombre del pequeño. Pero por la manera en que el niño intentaba alejarse de ella quedaba claro que no era así.

—No me lo quiten. Es mi hijo —insistía la mujer, hasta que apareció un hombre y le murmuró algo al oído.

Entonces ella comenzó a llorar sin consuelo y soltó al niño, que corrió a refugiarse en el regazo de Taeko.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. Mi esposa no puede superarlo. Cuando ocurrió la explosión nuestro hijo quedó atrapado bajo los edificios derrumbados. Tratamos de sacarlo, pero el fuego se esparció demasiado rápido... No pudimos ayudarlo. Ni a él ni a los demás.

—No había manera de auxiliarlo —lo consoló alguien.

—Lo sé —aclaró el hombre—. Pero sentimos culpa por seguir vivos.



Y ya no pudo seguir hablando.

Acababa de terminar la película *Rapsodia en agosto*. Bruno y Yume se quedaron unos minutos en silencio después de la última escena. Habían decidido verla, aunque la historia se centra en el ataque a Nagasaki. De pronto Bruno se puso de pie y le dio la espalda a Yume mientras cerraba el archivo en la computadora para evitar que ella notara cuánto lo había conmovido la historia. Sin embargo, la chica se dio cuenta e hizo un comentario que sonó banal.

—¡Qué joven estaba Richard Gere! Fue la primera vez que un actor extranjero participó en una película de un realizador japonés. Y fue polémica. La prensa criticó el trabajo de Akira Kurosawa. Pero él dijo que no era un film sobre la guerra, sino sobre lo que le había causado el ataque nuclear a la gente —Bruno no decía nada y ella continuó—. Según la lista de tu mamá nos quedan todavía *Hiroshima, mon amour* y *Lluvia negra*, pero no la de Michael Douglas y Andy García. Una japonesa también. Vi el tráiler y es bastante dura, así que, si preferís, las dejamos para otro momento o...

Bruno se volvió hacia ella y la interrumpió.

—Mientras mirábamos esta no dejaba de pensar en lo que nos dijo tu abuelo. Sobre el enojo, el perdón, el silencio de las víctimas, el hecho de que muchos no recuerdan ya lo que pasó...

—Es triste.



—Muy. Supongo que a esto se refería el rector cuando nos pidió que hiciéramos este trabajo, cuando habló de sensibilizarnos. Igual no creo que a Tomás o a los otros se les mueva un pelo.

—Quizá no a Tomás o a alguno de sus amigos o seguidores. Pero mientras haya uno, dos, diez que cambien de opinión, que empiecen a pensar y a actuar diferente...

Bruno se rio.

—Me encanta que seas tan optimista. O idealista. Es difícil cambiar.

—¿Y vos no cambiaste?

Bruno no respondió. Miraba por la ventana el jardín y en especial el *sakura* bajo el cual siempre se sentaba el señor Takami. De pronto Yume sonrió.

—¿Te acordás de lo que nos contó mi *sofu* el otro día sobre los árboles que sobrevivieron a la bomba atómica? —Bruno asintió—. Se me acaba de ocurrir una idea para concluir nuestra presentación del trabajo.

Yoshi la esperaba bajo el *sakura*, en el Paseo de la Filosofía, como cada día. Pero había demasiada gente que se interponía entre ambos y, aunque Taeko intentaba acercarse, no podía avanzar. Apretaba contra su pecho el cuaderno en el que había copiado uno de los haikus más notables de Onitsura, compuesto, según se decía, cuando tenía tan solo siete años.



*Koi koi to iedo hotaru ga tonde yuku.*

*“Ven, ven”, le dije,  
pero la luciérnaga  
se fue volando.*

Atrapada en esa multitud, Taeko intentaba llamar a Yoshi. “Ven, ven...”. Él no la escuchaba. Su voz se ahogaba entre los llantos y los gemidos de las personas que la rodeaban. “Ven, ven...”, repetía. Empezaba a anochecer y la oscuridad devoraba a las figuras con su sombra siniestra. Taeko suplicaba que le permitieran reunirse con Yoshi y entonces veía los rostros desfigurados, los cuerpos mutilados, la piel desprendida de todos los que se encontraban a su lado. “Ven, ven...”, gritaba y su grito se volvía polvo y cenizas. Se despertó sobresaltada y empapada en sudor en el tatami del santuario sintoísta. Trató de espantar el último vestigio de la pesadilla en la que Yoshi se marchaba del Paseo de la Filosofía. El final del haiku resonaba en su cabeza una y otra vez: “... pero la luciérnaga se fue volando”. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que tenía fiebre.

Cuando entró en la agencia, Claudia estaba atendiendo a una pareja que quería viajar al Caribe. Le sorprendió la presencia de Bruno e hizo un gesto para que la esperara, mientras continuaba explicando diferentes propuestas de destinos y hoteles.



—Si lo que buscan es una playa paradisíaca y tranquila...

Bruno no recordaba cuánto admiraba la pasión que su mamá sentía por su trabajo. Se esmeraba en detectar los gustos y las preferencias de sus potenciales clientes y en especificar después cada detalle del itinerario que elaboraba de manera personalizada. Imposible no entusiasmarse con ella y salir corriendo a hacer la valija.

La pareja tardó menos de media hora en decidirse. Al final, pagaron una seña y se fueron felices.

—Resiliencia —le dijo, cuando Bruno le contó la charla con el anciano sobre los hilos dorados que destaca el arte de *kintsugi*—. Así lo llaman los psicólogos que confían en la capacidad de una persona para sanar y fortalecerse pese a los golpes de la vida.

—Pero lo que Yoshi-san vivió...

—Ya sé. El señor Takami sufrió algo que es imposible de dimensionar. Yo solo puedo opinar por lo que nos pasó —le confesó a su hijo—. También me enojé mucho. Pero dejé atrás el enojo, la impotencia y el dolor. Porque no iban a devolvernos a papá. Y seguro que en mi alma hay hilos dorados como en la de... ¿Cómo lo llamaste al abuelo?

—Yoshi-san.

La mamá sonrió.

—Y con Yume, ¿qué onda?



El pequeño no se apartaba de su lado y sostenía la mano de Taeko. La fiebre era tan alta que por momentos la hacía desvariar. Apenas lograba beber algún sorbo del té de hierbas que le preparaban los *kannushi*, los sacerdotes, en especial, uno muy joven llamado Yasu. En los escasos momentos de lucidez, Taeko le aseguraba al pequeño que iba a mejorar.

—No te preocupes. Estoy esperando a Yoshi. Él vendrá a buscarme y nos iremos juntos a Kioto.

Y para demostrarle que todo estaba bien y que sanaría como tantos otros *hibakushas*, Taeko pedía sonriente algo para comer y se esforzaba por tragar lo poco que su estómago toleraba sin hundirla en náuseas o sofocarla con una tos teñida de sangre.

—Falta poco para que llegue Yoshi —repetía.

Porque Taeko estaba segura: él iría a buscarla.



## Cuarta parte



*De la bandada de los mil pájaros,  
uno va perdiendo fuerzas  
y el viento lo recoge.*

Chiyo-ni



---

**El rector** pasó por el aula y recordó que la semana siguiente vencía el plazo para la entrega de los trabajos. Algunos refunfuñaron, otros le pidieron unos días más... La respuesta fue terminante.

—No. Se entrega el viernes que viene y punto —contestó y se fue del aula.

A Bruno y a Yume les faltaban detalles, como concretar la idea que se le había ocurrido a ella para culminar la presentación que estaba casi lista. Siguiendo un guion que habían escrito juntos, Yume había hecho un montaje con fragmentos de películas, fotos y videos de Hiroshima en los que se alternaba la voz en *off* de ambos como narradores y el testimonio del abuelo Yoshi. Bruno quedó fascinado, cuando Yume se lo mostró en el celu.

—Wow. Tremenda posproducción hiciste. Parece un documental de la National Geographic —comentó Bruno.

—Gracias. No es para tanto.



—En serio. Quedó buenísimo. ¿No pensaste en dedicarte al cine?

—Sí. Incluso estuve averiguando para inscribirme en universidades de...

En ese momento apareció Tomás y Yume se calló. Desde que lo había enfrentado defendiendo a Laura, a la que ya nadie llamaba “la Nerd”, Tomás mantenía un perfil bajo, aunque se le notaban, en la mirada y en cada gesto, la rabia contenida, la furia solapada, las ganas de lastimar...

Bruno trató de ignorarlo y le sorprendió que no le costara hacerlo. No era el único. La mayoría del curso lo había *frezado*.

—¿Qué me decías? —le preguntó a Yume para retomar la conversación.

—Que podríamos reunirnos este fin de semana y terminar juntos el audiovisual. Bueno, solo habría que revisarlo y agregarle los créditos. Y empezar a preparar los... Si querés, claro. Además, mi *sofu* me dijo que quiere invitarte a cenar. ¿Probaste alguna vez el ramen?

—Nunca. Lo conozco de nombre. Me parece que es como una sopa. ¿No?

—Algo así. Tiene fideos y diferentes ingredientes. El secreto está en el caldo, que puede ser con carne de cerdo o con pescado. Hay muchas variantes.

—Me acuerdo de que Naruto devoraba cuencos de ramen a la velocidad de la luz, como si fuera un manjar.



—El que prepara mi mamá es delicioso.

Los dos se rieron. Bruno aceptó la invitación, aunque de pronto recordó que el sábado tenía una competencia. Y si avanzaba en las series, como esperaba, y llegaba a la semi o a la final, terminaría tarde. Se lo comentó a la chica y, de pronto, tuvo una idea.

—Si querés, podés venir. Es en mi club. Queda cerca de tu casa. Pero si te parece aburrido, olvidate. Antes me acompañaba mi papá porque le gustaba verme nadar y...

Bruno se calló porque lo invadió una nostalgia que no había sentido antes. Yume se dio cuenta, porque le aseguró:

—A mí me va a encantar también.

—Genial. Y después ¡a probar el ramen! Van a confundirme con Naruto, porque el agua me da un hambre...

Había contactado a un primo de Taeko y gracias a él averigüé que la familia no sabía nada de ella ni de sus parientes de Hiroshima. No existían listas de muertos o desaparecidos y la información que circulaba era mínima y poco confiable. Es que todo se había evaporado con la explosión. O se había convertido en polvo. Miles de personas se habían desintegrado, literalmente, y no quedaba resto alguno de ellas. No lo sabíamos entonces, claro. Al finalizar la guerra, los militares estadounidenses ocuparon las principales ciudades y se prohibió



a los habitantes e incluso a la prensa japonesa hablar de las bombas atómicas. La realidad de Hiroshima y Nagasaki se ocultaba así al resto del país. Y al mundo entero. Muchos años después se hizo público que, a fines de agosto, se autorizó el ingreso de un equipo internacional para ver qué había sucedido. El médico que presidía el grupo, horrorizado, escribió una carta a las Naciones Unidas solicitando la mayor cantidad de ayuda posible. La carta nunca fue llevada a la ONU y el auxilio no llegó ni siquiera del resto de Japón, que había quedado arrasado por la guerra. Pronto, Estados Unidos prohibió también la entrada de extranjeros a Hiroshima y Nagasaki y restringió la de los japoneses. Por eso no había manera de averiguar nada en aquel momento. No existían registros de los heridos que abarrotaban los precarios centros de salud. Tampoco de aquellas personas que milagrosamente no habían fallecido. Aun sin información cierta, tenía la esperanza de que Taeko fuera una de ellas. Por eso se me ocurrió la idea. Ya sabía que mis padres iban a oponerse, ni bien se enterasen. Porque era una completa locura. Las posibilidades de que estuviera con vida eran más que remotas. Pero no podía quedarme de brazos cruzados ni esperar. Mucho menos llorar o lamentarme. Definitivamente necesitaba hacer algo. Y lo hice. Sin avisarle a nadie, viajé a Hiroshima con la esperanza de encontrar y rescatar a Taeko.



Que su mamá decidiera ir a una competencia de natación no era habitual. Siempre había sido su papá el que iba a alentarlo y quien lo había acompañado cuando era más chico y los torneos se realizaban en otras localidades. Al mencionar la del sábado siguiente, no imaginó que ella se entusiasmara e insistiera en ir.

—¿Seguro? —preguntó Bruno, extrañado.

—Por supuesto. La verdad es que siempre fuiste un excelente nadador. Y quiero apoyarte. Tal vez no te lo dije antes, pero igual que papá estoy orgullosa de vos —le confirmó Claudia.

A diferencia de lo que solía sentir hasta hacía poco, lo alegró la actitud de su mamá. De algún modo, el enojo en su vida se había ido suavizando, tal vez al reconocer que extrañaba a su papá. Mucho.

—Va a ser largo —le advirtió—. La clasificación comienza a las cinco.

El intento de desalentarla no dio resultado.

—No hay problema. Voy.

No le comentó que Yume también iría por si la chica cambiaba de opinión, aunque lo ilusionaba que fuera a verlo competir.

—Soy lo mejor de mí cuando nado —le había dicho.

Yume no estuvo de acuerdo.

—Creo que hay muchas otras cosas buenas en Bruno-san, como diría mi abuelo. Cosas que todavía no descubriste.



Llegar a Hiroshima desde Kioto no fue sencillo. Los innumerables bombardeos habían destruido los rieles del ferrocarril y las rutas y los pocos transportes que conectaban una ciudad con otra tardaban siglos en recorrer las distancias. Los servicios se suspendían o salían con una pésima frecuencia. Por si eso no fuera suficiente, había que sortear los retenes que los estadounidenses habían instalado en todo el territorio. Pero nada podía detenerme. Después de dejar una nota para mis padres, partí de Kioto con una sola muda de ropa y mis escasos ahorros. Viajé en carretas de campesinos, a pie o en algún vehículo particular que se compadecía de mi aspecto y de mi pedido desesperado. Una noche incluso logré treparme en un convoy que trasladaba pertrechos y medicinas y que custodiaban unos soldados adormilados. Cuando sentía que lo había logrado, descubrí que los caminos directos a Hiroshima habían quedado cortados, pero que la línea de Miyajima se había salvado. Así que me desvié bastante, fui hacia la isla y permanecí un día o dos en el santuario de Itsukushima, reponiéndome y orando. Al llegar, la imagen del imponente y famoso *torii* naranja emplazado en el mar me había conmovido y no sé por qué sentí que se renovaban mis fuerzas. Finalmente conseguí un medio para cruzar la bahía hacia Hiroshima. La mañana en que partí, a medida que la barcaza en la que navegaba se alejaba, me sentía lleno de esperanza. Eran los últimos



veinte kilómetros de los más de trescientos que había recorrido para encontrar a Taeko. Mi corazón me decía que ella seguía con vida y ese presentimiento me había sostenido a lo largo del duro recorrido. No recuerdo con exactitud cuánto tiempo tardé en total desde que dejé Kioto. Calculo que habrán sido dos, tres semanas. O quizá más.

Pero lo logré. Una mañana calurosa, a poco de andar, llegué. Esperaba encontrar un panorama desolador. Ya había visto los cristales rotos en las casas de Miyajima que, a pesar de la distancia, no se habían salvado de la tremenda onda expansiva. Lo que contemplé, sin embargo, fue mucho peor de lo que había imaginado. Jamás olvidaré la primera imagen. Y aunque había contenido mis lágrimas desde el bombardeo, al observar aquella Hiroshima devastada, comencé a llorar.

Estaba nervioso. No por la competencia. Bruno ya había ganado un par de medallas desde que se había federado en la categoría de cadetes y varias más cuando había pasado a juveniles.

El entrenador lo había felicitado últimamente por su rendimiento y por haber superado sus propias marcas, sobre todo en crol y en espalda.

—Tenés pasta de campeón —le decía, orgulloso—. Ya tendrías que pensar en participar en el sudamericano. Y por qué no, soñar con las olimpiadas.



A Bruno le encantaba la idea y recordaba el apoyo de su padre, aunque la mamá tenía dudas.

—Demasiado sacrificio. Son tan pocos los que lo logran. Como deporte está bien.

Por eso resultaba extraño verla ese sábado en las escalinatas de la tribuna del club, saludándolo con la mano, levantando el pulgar o cruzando los dedos para desearle suerte, como tantas veces lo había hecho su papá. Unos meses antes la presencia de Claudia lo hubiera fastidiado. Ya no. Al contrario. Y si estaba nervioso, no era por ella, sino porque no encontraba a Yume entre el público.

Mientras hacía ejercicios de precalentamiento y elongaba, Bruno miraba hacia la entrada del natatorio para descubrir la silueta delicada e inconfundible de la chica. O echaba una ojeada rápida al reloj de la pared. Faltaban apenas unos minutos para las cinco y, aunque pocas veces empezaban puntuales, los jueces no iban a demorarse demasiado en dar inicio al torneo.

Tan pendiente estaba de la llegada de Yume que ni siquiera prestó atención a las primeras carreras en las que nadaban los que serían sus rivales, si él clasificaba. Siempre los observaba para identificar puntos débiles o destrezas: si se demoraban en la largada, si perdían segundos en un mal viraje, si contenían sus fuerzas y aceleraban en el tramo final...

Cuando le tocó el turno, todavía no había señales de Yume. Se acercó desilusionado al andarivel y, mientras



se acomodaba las antiparras, miró por última vez. Fue en ese momento cuando sintió que iba a nadar como jamás lo había hecho. Porque allí estaba Yume. Y le sonreía.

No fue sencillo burlar los controles de los *ame-kou* para ingresar a Hiroshima. No solo por las restricciones impuestas por la cúpula militar, sino porque las tropas de Estados Unidos sentían un innegable rechazo por todos los japoneses en general y por los habitantes de la ciudad en particular. Se había propagado el rumor de que el aire que respiraban contagiaba la peste que los estaba exterminando, lo cual era en gran parte cierto. Nadie quería permanecer allí ni tener contacto con ninguno de nosotros. Nos trataban como parias. Cualquiera que se acercara a las barricadas corría el riesgo de ser detenido o golpeado. Incluso asesinado. La guerra había terminado. El odio, no. Imposible explicarles nada. Obedecían órdenes y ejercitaban su rencor, como si no hubieran sido ellos los únicos responsables de esa catástrofe.

La segunda noche intenté escabullirme por un sector poco transitado y oscuro, ubicado entre dos puestos del ejército. Me arrastré sobre las piedras, avancé en cuclillas, me detuve cada vez que oía el menor ruido... Supe que lo había logrado cuando me encontré con una mujer encorvada, recostada sobre las ruinas. Tenía la mitad del rostro quemado y un bebé sobre su pecho que se amamantaba con desesperación.



Primer puesto. En los 400 metros estilo libre y en los 200 de espalda, además de su primer triunfo en los 100 metros mariposa. El entrenador lo abrazó tan fuerte que ambos perdieron el equilibrio y cayeron al agua. Salieron muertos de risa.

—Sos mi *crac*. No me importa lo que digas. Te anoto para el sudamericano. Y quiero que analices seriamente la propuesta que te hice de unirme al equipo para las carreras con postas. Necesitamos a un as. O sea: te necesitamos.

Bruno nunca había accedido. Le gustaba nadar solo, sin depender de nadie. Sin embargo, lo que le proponía el entrenador ya no le parecía una mala idea.

—Lo pienso y lo hablamos —le respondió.

Se apuró a ducharse y a cambiarse, y al salir del vestuario, se encontró con su mamá que lo abrazó y, después de darle un beso, señaló hacia un rincón del vestíbulo en el que estaba Yume.

—Creo que te esperan.

Bruno se puso colorado. No sabía si presentarle a la chica. No era que le molestara. Pero pensó que tal vez ella podía sentirse incómoda. Fue su mamá la que lo sacó de apuros.

—Me voy yendo. Porque tenés que ir a lo de tu compañera a terminar el trabajo —afirmó—. Igual no vuelvas demasiado tarde. Debés estar agotado.

En cuanto se fue, Bruno se acercó a Yume.



—Felicitaciones —dijo ella.

—Gracias. Tuve suerte.

—¿Suerte? No seas modesto. Es impresionante cómo nadás.

—Lo disfruto. Y me olvido de todo, en el agua.

—Se nota.

Bruno la miró a los ojos. También podría nadar en esa mirada serena y apacible.

—Me encantó que vinieras.

Ella sonrió. Y después de un instante de silencio incómodo, le recordó:

—Mamá debe estar preparando el ramen. ¿Vamos?

El primer sitio adonde me dirigí fue al barrio donde vivían los parientes de Taeko. Nada quedaba de él. A pesar de tener la dirección exacta por las cartas que me había enviado, no era posible orientarse ni localizar dónde había estado la casa. Unas pocas personas merodeaban entre las ruinas, como fantasmas desamparados. Eran antiguos moradores que no se resignaban a abandonar la zona, aunque habían perdido todo. Les pregunté, pero, extraviados en su propia desgracia, apenas recordaban el nombre de la tía. No sabían qué había sido de ella ni de sus hijas. Mucho menos qué le había pasado a Taeko.

Luego fui a los centros de salud. No eran demasiados. Por eso, estaban abarrotados de pacientes.



—No tenemos ningún registro de todos los heridos que hemos atendido —me informaron en cada uno—. Muchos de los que están ahora internados no pueden hablar. O no recuerdan su nombre. Los que tenían lesiones leves se marcharon hace rato, aunque después regresan con otros síntomas. No sabemos por qué se enferman.

Ante mi insistencia, me permitían recorrer las precarias salas para comprobar que Taeko no estaba allí, que no era una más de aquellos seres desdichados que se debatían entre el dolor y la muerte. Imposible olvidar las escenas que presencié. Aún hoy cierro los ojos y recuerdo las muecas de sufrimiento, las miradas perdidas, los gemidos, las moscas que zumbaban sobre las llagas supurantes...

Una vez vi a una chica que tendría la misma edad que Taeko, no muchos años más. Agonizaba. Cuando se dio cuenta de que me alejaba, me suplicó que permaneciera a su lado.

—No quiero morir sola —murmuró.

No pude negarme. Me senté junto a ella y traté de no llorar.

Me dio las gracias y sonrió, mientras cerraba los ojos para siempre.

El señor Takami le pidió a su nuera que sirviera a Bruno otro tazón de ramen.



—No, por favor —le dijo él a la mamá de Yume—. Está delicioso de verdad, pero no puedo más.

—¿Ni siquiera un poquito? —insistió ella.

—Okâ-san —la retó entre risas su hija—. Ya comió dos platos.

Antes de darle unos toques finales al audiovisual para la escuela, los dos chicos acompañaron al anciano al jardín. Apoyado sobre el hombro de Bruno, el señor Takami caminó más lentamente que de costumbre, como si cada paso le costara un enorme esfuerzo.

—Es una bella noche —les explicó, mientras se sentaba bajo el *sakura*—. No hace frío y quisiera quedarme un rato a disfrutar de estas estrellas. Pronto ya no voy a verlas.

Yume se quedó observando a su abuelo antes de dejarlo solo. Bruno notó la tristeza en sus ojos.

—Está muy enfermo. ¿No? —le preguntó después.

Yume asintió con la cabeza.

—Los médicos aseguran que le queda poco tiempo y no saben cómo resiste. Yo sí lo sé.

—Resiste por ustedes —sugirió Bruno.

—No. Le da fuerzas saber que pronto regresará a Kioto.

Bruno se sorprendió.

—¿Va a volver a Japón?

Yume trató de contener las lágrimas.

—Es su deseo.

—¿Y ustedes van a acompañarlo?



—Sí.

—¿Cuándo?

—En cuanto mi padre termine de chequear ciertos datos que hace tiempo buscaba. En un par de meses. Cuando terminen las clases.

De pronto Bruno se puso inquieto, agobiado por un pensamiento que lo rondaba. Para tranquilizarse, necesitó preguntarle a Yume:

—Pero se van solo por un tiempo. ¿No?

Ella no respondió.

Bruno le levantó la barbilla con la punta de los dedos y sus ojos se encontraron.

—¿Van a volver, Yume? Vos... ¿vas a volver?

Alguien me mencionó un día la oficina que se encontraba en las afueras de lo que había sido la ciudad. Hasta allí llegaban las cuadrillas creadas para recoger los cadáveres diseminados por todas partes luego de haber procurado identificarlos con gran dificultad gracias al testimonio de un familiar, un vecino, un maestro... como una manera desesperada y respetuosa de honrar a los muertos y seguir nuestras tradiciones.

Esa oficina era el último sitio que me quedaba para hallar a Taeko. Y el último también al que yo hubiera deseado acudir. Sin embargo, junté coraje y fui. Desde lejos se veía el humo de las piras en las que se cremaban los cuerpos. Como no alcanzaban las urnas, las cenizas



se colocaban en sobres para placas radiológicas que se rotulaban con el nombre del fallecido. Miles de esos sobres se apilaban, por orden alfabético, en aquel lugar. La persona que estaba a cargo no puso objeciones a que los revisara. No era el primero ni el único que pedía ese permiso. Creo que contuve la respiración mientras los miraba uno por uno, lentamente, para estar seguro. Me alegré al principio al no hallar en ninguno el nombre de Taeko. Luego me invadió la vergüenza ante mi falta de compasión por los miles y miles de personas que habían perdido la vida en un instante. Imposible no darme cuenta del horror. No hubo últimas voluntades ni últimas palabras en Hiroshima. No hubo despedidas ni gestos heroicos. No hubo tiempo. La destrucción los atacó sin previo aviso, llegó de la nada y los sorprendió traicionera, anónima, brutal... para arrasarse a los pobladores de un modo masivo, mientras estudiaban, mientras trabajaban, mientras se vestían, mientras dormían, mientras alimentaban a sus hijos, mientras comenzaban un nuevo día, mientras sonreían...

No podía definir lo que sentía. Tal vez ese enojo del que creía haberse librado. O no. No era lo mismo. Más bien, desilusión, impotencia, tristeza...

—¿Cuándo ibas a contármelo? —le preguntó en un tono que demostraba que la noticia no le había caído bien.

Yume tenía lágrimas en los ojos.



—Después de entregar el trabajo. No quería que esto interfiriera.

—¿En qué? ¿En la evaluación? ¿Eso es lo que te importa? Que yo me libre de la expulsión y vos de llevarte la materia.

Yume trató de calmarlo y apoyó su mano sobre la de él, que la retiró de un modo brusco. Demasiado brusco.

—No te preocupes por mí. Bueno, claramente no te preocupo. Si no, me hubieras avisado que te ibas a vivir a Japón en... ¿cuánto? Meses, semanas... Porque avisar es lo que hacen las personas que...

Bruno se atragantó con su propia rabia y se quedó sin palabras.

—Sabía que iba a afectarte —murmuró Yume.

—¿Afectarme? Me importa un cuerno —gritó Bruno—. Me importa un cuerno la expulsión, tu viaje, el trabajo que quiere el rector y vos.

—Estás siendo cruel. Y yo no quería herirte.

Bruno tomó sus cosas y se dirigió a la salida.

—No me heriste. Me traicionaste. O me decepcionaste. O... No sé. Ni me importa. Me voy a casa.

—¿Y el trabajo?

Bruno la miró. Yume parecía tan frágil. Tuvo que contenerse para no abrazarla, para no consolarla, para no confesarle que...

—Ya te dije. Me importa un cuerno que te vayas.

Y se fue dando un portazo.



El primer tifón fue brutal. El segundo resultó todavía más salvaje. Los vientos eran huracanados y azotaban con furia lo poco que quedaba de la ciudad. Lluvias torrenciales golpeaban impiadosos los restos de aquella Hiroshima abatida que jamás había sido afectada antes por semejantes ciclones, tan comunes, sin embargo, en el resto de Japón. Era casi imposible encontrar un refugio para protegerse de los vendavales o del agua. La gente, agobiada por tanta calamidad, se preguntaba por qué los dioses los habían abandonado o los castigaban de ese modo. Es que era increíble que luego de ser masacrados por la bomba atómica, la naturaleza se ensañara así con ellos.

Sin embargo, a partir del 17 de septiembre el clima mejoró. Los vientos amainaron y cesaron las lluvias. El sol entibió el aire y sentimos que algo había cambiado. No sabíamos entonces que los tifones, en realidad, habían sido una bendición. Porque barrieron la radiación que persistía en el ambiente y limpiaron los restos de la ciudad aniquilada. Aunque no se realizaron pruebas científicas que lo verificaran, lejos de olvidarse de Hiroshima, los dioses y la naturaleza nos daban un mensaje de esperanza.

El rector supervisó personalmente la entrega de los trabajos. El de Yume y Bruno le llamó la atención más que otros.



—Hiroshima —murmuró—. Buen tema.

A Bruno no le importó. Después de la discusión con Yume, se había desentendido del asunto. Suponía que la chica lo había terminado sola. Él continuó yendo al colegio a la fuerza. La posibilidad de faltar era impensada, a pesar de la mejoría en las relaciones con su mamá.

Tomás, en cambio, no se presentó. Nadie sabía si al final había logrado convencer a alguien de que lo ayudara o se había cortado solo.

En el recreo, Yume se le acercó.

—Quería explicarte.

Bruno la interrumpió.

—No te molestes. Todo bien. No hay nada que decir.

Yume le mostró aquel cuaderno de tapas floreadas en el que siempre escribía.

—Quería darte esto, como regalo de despedida.

Bruno ni siquiera la miró cuando contestó.

—Gracias. Pero no me interesa.

El invierno llegó a Hiroshima puntualmente y con crudeza para sumar un obstáculo más a los cientos que debíamos sortear. Cada mañana, cuando el frío me despertaba, una parte de mí se rendía a la realidad. Lo lógico era que regresara a Kioto. Ya había agotado todos los recursos para hallar a Taeko. Sin embargo, cuando me desentumecía, retomaba la búsqueda. Y seguía



deambulando, un alma más entre tantas otras desesperadas. Como muchos *hibakushas* no presentaron de inmediato los síntomas ocasionados por la radiación, acudían a los hospitales y centros de salud semanas y hasta meses después de ese fatídico 6 de agosto. Yo también regresaba una y otra vez a esos sitios, por si ocurría un milagro. Tantas veces fui que médicos y enfermeras me reconocían, me saludaban y me permitían recorrer de nuevo las instalaciones, buscando a Taeko entre cientos de rostros. Lo cierto es que mientras lo hacía, también colaboraba. Me detenía junto a cada herido o enfermo, le recitaba haikus, le contaba historias que recordaba de niño o simplemente lo acompañaba en sus últimos momentos. Lo hacía porque pensaba que cualquiera de ellos podía ser Taeko, pero con el tiempo no fue solo por eso.

Sin embargo, tomé una decisión: iba a quedarme en Hiroshima hasta fines de diciembre. Fue justo para la misma época en que finalmente Estados Unidos permitió el ingreso de un segundo equipo internacional. Solo entonces se visibilizaron en otras partes del mundo las consecuencias de la catástrofe nuclear y comenzó a llegar ayuda. Para muchos ya era demasiado tarde.

Bruno llegó a su casa después del entrenamiento con el ceño fruncido, de evidente malhumor. Se había enredado en una discusión absurda con uno de sus



recientes compañeros del equipo de postas. El entrenador había tenido que separarlos antes de que llegaran a las manos.

—¿Qué bicho te picó? —le reprochó.

—Le dije que no sirvo para esto. Prefiero nadar solo.

—Andá al vestuario y después hablamos cuando te tranquilices.

Sin embargo, Bruno no lo esperó. Se vistió apurado y se fue. No tenía ganas de dar explicaciones ni de escuchar consejos o sermones de nadie.

Saludó de lejos a su mamá.

—Hijo, ¿te pasó algo? —le preguntó ella—. Llegaste más temprano. Te dejé sobre la cama lo que...

No llegó a escuchar. Menos a responder. Se encerró en su habitación y se acostó mirando el techo. Enseguida sintió algo que se le clavaba en la espalda. Cuando se incorporó, vio el paquete con una envoltura prolija. Estuvo a punto de revolearlo. Pero lo abrió. Era el cuaderno floreado de Yume.

El día previo a dejar Hiroshima, recorrí por última vez aquella ciudad herida, devastada, abatida... Conocía cada rincón de memoria. En todos había buscado a Taeko. No la había hallado en ninguno. La primavera parecía haber llegado antes de tiempo para mitigar la tristeza con su calidez. Anduve durante horas. Y me detuve un largo rato junto al río, frente al único edificio que había



quedado en pie, el excentro de comercio. Taeko lo había mencionado en su última carta.

—¿Por qué? —me pregunté al verlo, y caí de rodillas al suelo, sin poder contener el llanto.

Entonces la vi. Habían asegurado que nada crecería en Hiroshima, que por setenta años al menos ninguna forma de vida podría desarrollarse. Ni un árbol, ni una planta, ni la más mínima hierba. Pero allí, entre los escombros, había una pequeña flor, con su tallo verde, tembloroso y, a la vez, empecinado en no rendirse. No era la única. En todas partes, de a poco, aparecieron otros capullos que se abrían paso entre el gris de Hiroshima para devolverle el color. Incluso en los árboles del jardín Shukkeien, que está cerca del epicentro de la explosión, comenzaron a salir hojas que indicaban que debajo de esos troncos quemados latía con fuerza la existencia. La gente empezó a tener esperanzas. El mensaje que la naturaleza nos daba era poderoso e indiscutible. La emoción me abrumó, como al resto de la ciudad y del país. La vida en Hiroshima no se daba por vencida, no se resignaba... La vida en Hiroshima sobreviviría al horror. Quizá Taeko también había encontrado fuerzas, como esa diminuta flor, pensé. No haberla hallado no significaba nada definitivo.

Fue entonces cuando recordé la promesa que le había hecho al despedirnos.

—Volveremos a vernos. Cuando florezcan los cerezos.



En el colegio tuvieron que reconocer que la idea del rector no había sido tan disparatada. Como el compromiso de los alumnos se notaba sincero y profundo y el nivel de los trabajos era, según él, en general, excelente, decidió que la exposición de cada grupo tuviera lugar no solo frente a los profesores, sino también en la clase, ante el resto de los compañeros. El orden se sorteó para evitar conflictos. A Bruno y a Yume les tocó el último lugar.

Mientras cada equipo presentaba lo que había investigado, los demás escuchaban con un silencio tan inusual como atento y respetuoso. Y si interrumpían o intervenían al final era con un interés genuino, para hacer preguntas o conocer más detalles. Bruno observaba a los que un tiempo atrás había considerado infumables y agresivos y se preguntaba si de verdad se habían sensibilizado ante las tragedias sobre las que hablaban. Para él, el testimonio de la bisabuela de un chico que había estado en un campo de concentración nazi y el relato de un sobreviviente del hundimiento del *General Belgrano* en la guerra de Malvinas fueron desgarradores. Pero le sorprendió la reacción de los demás compañeros y que a muchos se les llenaron los ojos de lágrimas. Debía admitir que, a él, la historia del señor Takami y lo que había pasado en Hiroshima lo habían conmovido, aunque la pelea con Yume había enturbiado otra vez sus pensamientos y sentía que el



enojo había regresado a su vida. No del mismo modo, eso sí. Porque su rabia y su fastidio no estaban dirigidos a todo el mundo. Solo hacia ella. Por eso no había vuelto a la casa de la chica desde que se había enterado de su partida a Japón, adonde se instalaría definitivamente con su familia. Y aunque Yume lo había llamado y le había mandado mensajes de texto, él no había respondido. En la escuela la evitaba todo el tiempo. Ni siquiera la miraba. Y si podía, se sentaba lejos. El trabajo había quedado casi listo y no hacía falta que se reunieran.

El día en que les tocaba el turno a ellos para exponer, Bruno llegó deliberadamente tarde. El salón ya estaba oscurecido y sobre la pantalla se proyectaba el audiovisual que Yume había terminado sola. Las imágenes que había elegido eran tan elocuentes como la voz grave y serena del abuelo Yoshi contando su historia. Cuando se encendieron las luces, Yume fue entregando pequeños cuencos con tierra.

—En Japón existen unos ciento sesenta árboles que sobrevivieron a la devastación de la bomba nuclear. Se los conocen como *Hibaku-jumoku*. Muchos tienen cavidades o troncos retorcidos y quedaron inclinados en dirección al epicentro de la explosión, como si no quisieran olvidar lo que sucedió. Algunos fueron trasplantados a otros sitios, pero quedan treinta aún en el mismo lugar en que se hallaban aquel 6 de agosto de 1945. El más antiguo está en el jardín Shukkeien. Es un



majestuoso ginkgo biloba de trescientos años. En estos cuencos que les entregamos hay semillas de esos árboles. Tomamos la idea de un proyecto llamado *Legado Verde de Hiroshima*. Igual que ellos, Bruno y yo queremos que el sufrimiento de esa ciudad no solo se recuerde y sea honrado, sino que pueda transformarse en motivo de esperanza. Los árboles de Hiroshima simbolizan que la vida siempre triunfa y que, a pesar de las dificultades y las diferencias, la paz es posible. De este modo rechazamos cualquier guerra y los horrores que provoca, además de toda forma de violencia.

Hubo aplausos sinceros hasta de los docentes cuando Yume terminó de hablar.

—Impresionante —dijo el rector—. Se lucieron. Los felicito a ambos.

Yume miró a Bruno. Tal vez esperaba que él sonriera en ese momento, que le sonriera. Él solo bajó la vista sin pronunciar una sola palabra.

# Quinta parte

*¿Es un imperio  
esa luz que se apaga  
o una luciérnaga?*  
Jorge Luis Borges



**Sentía** que había transcurrido un siglo desde que había dejado Kioto. Mis padres nunca cuestionaron mi viaje a Hiroshima ni mi esperanza de que Taeko estuviera con vida. Me recibieron sin reproches y con una alegría infinita, pero contenida, cuando supieron que mis intentos por hallarla habían fracasado y cuando les narré los horrores de los que había sido testigo. Mi padre insistía en hacerlos públicos. Mi madre, más cautelosa ante la censura que nos oprimía, prefería agradecer a los dioses que yo hubiera regresado a salvo y proponía que aguardáramos a que me repusiera físicamente. Es que mi aspecto era patético. Parecía un fantasma extraviado, con las huellas inequívocas de la angustia en la mirada y la salud y el espíritu quebrantados, algo que yo atribuía a la tristeza y a la frustración y ellos, al cansancio y a la falta de alimento. Recuerdo que estaba tan



delgado que se me notaban las costillas. Pero no era el único en ese estado lamentable. Todo Japón padecía necesidades en esos tiempos de posguerra. A pesar de las leyes que había decretado MacArthur al llegar a Tokio el 30 de agosto, por las que ningún aliado podía agredir a un ciudadano japonés ni consumir el escaso alimento destinado a la población, las penurias eran constantes. Y aunque en algunos casos existía una cierta buena voluntad de las fuerzas de ocupación, los daños causados en la infraestructura del país complicaron los esfuerzos para alimentar a los varios millones de prisioneros de guerra japoneses y a los civiles y generaron una hambruna que se extendió durante 1946. Ninguna de esas privaciones, sin embargo, me detenía para ir cada día al Paseo de la Filosofía y sentarme bajo los *sakuras*, a esperar el milagro de volver a ver a Taeko.

Bruno se resbaló al salir de la pileta, después del entrenamiento, y se torció un pie.

—Es un esguince —diagnosticó el médico de la guardia—. Reposo veinte días. Como mínimo. Si tiene que moverse, que sea solo lo indispensable y que lo haga en todo momento con una bota ortopédica.

La aprobación del trabajo que habían hecho con Yume le aseguraba su continuidad en el colegio. Así que podía faltar a clases hasta que mejorara. Esas semanas,



con la excusa de que le dolía el pie y que los analgésicos le daban demasiado sueño, se encerró en su cuarto y no salió ni para comer con su mamá.

Aunque Yume le mandaba mensajes, no le contestó ninguno. Al principio los leía, solo para que ella viera la doble tilde. Ella insistía en explicarle lo que para Bruno no tenía explicación. Se disculpaba por no haberle contado lo del viaje. Se interesaba por su pie, porque se había enterado del esguince. Le preguntaba si podía ir a visitarlo. Después la silenció. Se dedicó a mirar una película tras otra, además de temporadas enteras de cualquier serie, incluso las que conocía de memoria porque ya las había visto mil veces. Lo que fuera con tal de no pensar en nada, de embotarse, de anesthesiarse, de no recordar a Yume, de olvidar que ella se iba, de no reconocer que le dolía perderla.

Aquel año los cerezos florecieron tardíamente, como si quisieran darle más tiempo a Taeko para regresar. Sin embargo, cuando las flores se desprendieron, yo seguía sin saber nada de ella.

Un día me atreví a presentarme en su casa. No tenía certeza de qué actitud adoptarían los padres ante mi consulta, aunque ya no me importaba. Me recibió la mamá. Inventé una excusa para justificar mi presencia.

—La conocí en el colegio y venía a devolverle un libro de haikus.



No sé si me creyó. De todos modos, le pregunté por su hija. El rostro desencajado, los ojos enrojecidos por el llanto y la mueca de desesperación fueron una respuesta más que elocuente.

—No sabemos nada de ella —murmuró.

Pensé en contarle que había ido a buscarla, que en Hiroshima había cientos, miles de *hibakushas* que no habían podido comunicarse con sus seres queridos, que no debía desalentarse ni perder la esperanza... No lo hice. Reconocí en su mirada lo que había visto tantas veces en otras miradas: la culpa. Culpa por haber enviado a Taeko con sus parientes, condenándola quizás a la muerte.

—Si se hubiera quedado en Kioto... —se reprochaba la mujer.

—Nadie podía imaginar lo que ocurriría. Nadie sabía nada de la bomba que habían creado los estadounidenses... —intenté consolarla.

Era inútil. El dolor no le permitía escuchar.

La mamá de Bruno respetó el silencio de su hijo esas semanas. Presentía que le había sucedido algo, más allá del esguince, aunque no iba a obligarlo a contarle nada, si él no tenía ganas. La relación entre ellos había mejorado y no quería perder ese acercamiento. Sin embargo, el sábado previo a su regreso a la escuela, ya con el alta médica, decidió hablarle.



—Te mandé un mensaje desde la agencia. ¿No lo recibiste? —le dijo al saludarlo.

Bruno se hizo el desentendido.

—Me olvidé de cargar el celu. Volví a ver *Game of Thrones*, las películas de los *Avengers* y la saga de *Star Wars*.

—¿Todas? —se extrañó ella.

—Sí. Quería desconectarme. Y tampoco recibo tantos mensajes.

—¿Ni siquiera de Yume?

Bruno se mordió el labio. Aunque creía que no quería hablar, necesitó contarle a su mamá para desatar ese nudo que tenía en la garganta.

—Está... Debe estar preparándose.

—¿Para?

—Se va. A Japón.

—¿De vacaciones?

—Se va a vivir a Japón.

La mamá hizo un gesto que Bruno no se molestó en descifrar.

—Ahora entiendo. ¿Y por qué tomaron esa decisión?

Bruno intentó que no se le notara el temblor en su voz cuando explicó:

—Su abuelo, el señor Takami, el que nos habló de Hiroshima, está muy enfermo. Parece que quiere morir en su tierra. Así que se van a Kioto.

La mamá asintió. Vio el cuaderno floreado y lo señaló. Sabía que era de Yume. La chica se lo había dado a ella.



—¿Lo leíste? —preguntó.

Bruno negó con la cabeza.

—¿Por?

—No me interesa...

—No entiendo por qué no te interesa.

—Porque no.

—Bruno —lo retó, decepcionada—. No seas grosero. Puedo entender tu enojo. Y tu tristeza.

—¿Tristeza? —se rio él—. No estoy triste para nada.

—A mí no me mientas. Estás triste. Y enojado. O las dos cosas. Es tu forma de lidiar con las pérdidas, igual que hiciste con tu papá.

No quería admitirlo, pero era verdad. Bruno se sintió vulnerable. Y aunque su mamá lo había desenmascarado y había puesto palabras a sus sentimientos, se resistió.

—¿Y por qué iba a estar enojado?

—Porque Yume se va.

—¿Y?

—Y creo que estás enamorado de ella.

Los años siguientes fueron difíciles e inciertos. Japón había quedado exhausto, sumergido en el hambre y la pobreza. Las fuerzas de ocupación solo se preocuparon por desmilitarizar el país y transformarlo en una democracia, despojando al emperador de su poder soberano y reemplazándolo por un gabinete parlamentario.



Pero no les importaron los problemas de una economía que se había desplomado por completo. Las industrias quedaron devastadas. Ya no teníamos territorios de ultramar para el comercio. El desempleo alcanzó niveles altísimos porque la mano de obra excedía la demanda. Lo único que prosperaba era un impiadoso mercado negro donde se negociaban a precios siderales las pocas cosas que se conseguían.

Las privaciones y las penurias alcanzaron a mi familia. Mis padres se habían opuesto a los cambios en educación que durante la guerra se inclinaron al nacionalismo y al adoctrinamiento y habían perdido sus puestos en la universidad. Cuando se terminaron los ahorros, mamá intentó dar clases particulares, aunque a nadie le interesaba aprender otros idiomas. Mi padre y yo salíamos cada día a hacer lo que fuera a cambio de un puñado de arroz o un poco de leche y, si teníamos suerte, sobras de comidas. Papá sufría en silencio, pero terminó enfermándose, creo que de tristeza. Mientras la pena lo consumía, mamá y yo intentábamos seguir adelante, darle ánimos, cuidarlo... Nunca se repuso. Mi madre sobrellevó su muerte mejor que yo, en apariencia. Sin embargo, a los pocos meses se quedó dormida y no volvió a despertar. Lo único que me consolaba era pensar que de algún modo estarían juntos. Cuando me quedé solo, comprendí que apenas un delgado hilo me ataba a Kioto: mi promesa a Taeko de esperarla bajo el



*sakura*, cita ineludible que repetía cada tarde, con una convicción indestructible, pero inútil. Cuatro veces florecieron los cerezos sin que Taeko regresara.

Cuando volvió a la escuela, a Bruno no le llamó la atención que faltara Tomás. Se había borrado cuando se expusieron los trabajos y el rector se había mantenido firme, así que no le habían renovado la matrícula y los padres lo habían inscripto en otro colegio. Por eso descartaba que tuviera el menor interés en aparecer. Lo desconcertó, en cambio, la inexplicable ausencia de Yume. ¿Se habría marchado ya del país? Había dicho que se irían con su familia al terminar las clases. No pretendía enfrentarla ni disculparse, aunque lo enojó todavía más imaginar que se hubiera ido sin despedirse. Era cierto que ella le había mandado infinidad de mensajes de texto que aparecieron en su celular cuando cargó la batería y que, por supuesto, no había leído. Iba a revisarlos cuando se le acercó Laura.

—¿Fuiste a verla?

—¿A quién?

—A Yume.

Le contestó con una falsa indiferencia, mientras abría la mochila y fingía sacar algo importante.

—¿Para qué iba a ir a verla? Ya terminamos. El trabajo, digo.



—Entonces, ¿no sabés lo que pasó?

Bruno no entendía a qué se refería. Supuso que, después de que Yume la defendiera de Tomás, ellas podían haberse vuelto más cercanas, amigas quizá, y por eso estaba al tanto de sus encuentros o de su partida.

—No sé qué pasó —e iba a agregar “y no me interesa”, pero Laura lo interrumpió.

—Hasta ayer seguía en el hospital.

Sintió una puntada en el estómago cuando le preguntó:

—¿En el hospital? ¿Por qué? ¿Le pasó algo?

—A ella, no. A su abuelo. Se descompensó y estaba en coma, en terapia intensiva.

Cuatro años después de que concluyera la guerra, volví a Hiroshima por segunda vez. No encontré fuerzas ni valor para ir antes. Pero al menos regresé. Hubo muchos *hibakushas* que no pudieron hacerlo jamás. La ciudad y sus habitantes intentaban dejar atrás la tragedia. No era sencillo. Las huellas de la bomba persistían como una pesadilla recurrente en los sitios derrumbados, en los rostros, en los recuerdos...

Los extranjeros solían preguntarles a los que se habían quedado por qué no se habían marchado de Hiroshima. La respuesta era tan simple como dolorosa.

—Porque no teníamos adónde ir.

Y era verdad. Al principio, cada uno se las arregló como pudo. Buscaban qué comer o cómo seguir



adelante, convertidos casi en mendigos. Algunos afortunados hallaron refugio durante un tiempo en casas de amigos o parientes, en localidades del interior o en la periferia. Sin embargo, en cuanto había sido posible, poco a poco y superando la adversidad, habían vuelto a su lugar de origen. Muchos construyeron viviendas precarias y trataron de empezar de nuevo.

Mis padres habían fallecido hacía unos meses y lo único que me ataba a Japón era la esperanza de que Taeko estuviera viva. Por eso volví a Hiroshima.

En cuanto llegué, recorrí de nuevo los mismos sitios donde la había buscado años atrás. Muchos de los médicos y de las enfermeras que habían atendido a la población después del ataque habían fallecido, víctimas ellos también de los letales efectos de la radiación. Sin embargo, unos cuantos seguían trabajando. Y varios me recordaban. Fueron ellos los que me hablaron del orfanato.

—Hay miles de niños. Perdieron a su familia. Nadie los quiere adoptar. Piensan que están malditos. O que llevan la muerte en la sangre.

Fui a todos. El más grande se hallaba relativamente cerca de lo que había sido el centro de la ciudad. Las autoridades me recibieron con alegría. Vi a muchos niños jugando en el patio, ajenos en su inocencia al destino desolador que les aguardaba. Otros, en cambio, se sentaban en un rincón, apartados del resto, con la cabeza gacha...



—¿Qué ocurre con ellos?

Los responsables del orfanato alzaron los hombros con tristeza.

—¿Cómo saberlo?

En ese momento apareció la directora del orfanato. Nos habíamos conocido en uno de los hospitales de Hiroshima. Se puso contenta al verme y, luego de saludarme, preguntó:

—¿Alguna noticia de Taeko?

Fue entonces cuando un niño que estaba solo, sentado cerca de nosotros, levantó la cabeza y me miró. Tendría cinco, seis años. En sus ojos, llenos de lágrimas, vi reflejada la tristeza más profunda. Se acercó y apretó mi mano.

—Taeko —repitió.

Entonces mi corazón tuvo la certeza de que la había conocido.

Bruno intentaba leer los mensajes de Yume y escuchar a Laura al mismo tiempo. Pero estaba tan aturdido que no lograba hacer ni una cosa ni la otra. Al final, decidió escuchar a su compañera.

—¿Cuándo se descompensó el abuelo de Yume? —le preguntó.

—Hace una semana. Parece que se desvaneció en su casa y, aunque lo llevaron al hospital, no recuperó la conciencia. ¡Qué raro que ella no te haya avisado!



No tuvo coraje para decirle a Laura que era un tonto, que Yume sí le había avisado, que ahí estaban en su celular los mensajes acongojados de la chica buscando su apoyo y su consuelo, mensajes que Bruno ni siquiera había leído. Él más que nadie sabía lo que era perder a un ser querido y, en lugar de acompañarla, la había dejado sola. Intentó llamarla varias veces. Imposible comunicarse. Enseguida entraba el contestador. Le escribió, pero no estaba en línea. Ni siquiera le llegaban los mensajes.

—Tal vez no tenga buena señal en el hospital —le sugirió Laura al verlo tan nervioso.

Bruno no contestó. Llamó a su mamá, que se asustó al oír la voz quebrada de su hijo pidiéndole por favor que fuera a firmar la autorización para retirarse del colegio lo antes posible.

Lo llamé Kôsuke. Se escribe 幸助, que significa 幸 “felicidad” y 助, “ayudar, salvar”. Porque pensé que lo estaba rescatando y brindándole una oportunidad para ser feliz. Aunque con el tiempo descubrí que había sido al revés. Él me rescató a mí. Jamás supe su nombre verdadero. Sus recuerdos de los días previos y posteriores al bombardeo nunca regresaron, quizá porque era demasiado pequeño, quizá para preservarse de tanto dolor. Además, durante mucho tiempo apenas pronunciaba una o dos palabras. Por eso no supe si verdaderamente había conocido a Taeko, aunque el nombre de ella le



sonara conocido y lo repitiera cada tanto como una plegaria. De todos modos, lo adopté. No fue complicado. Nadie quería a los huérfanos de Hiroshima. Yo era ya mayor de edad y el papeleo fue menos burocrático de lo que imaginaba. Hasta ese momento, no pensaba en el matrimonio. Yo seguía esperando a Taeko. No había espacio en mi corazón para amar a otra mujer. Y aunque algún día me casara, ¿qué sentido tenía concebir niños cuando había tantos como Kôsukey que necesitaban una familia, un hogar, un futuro?

A pesar de mi predisposición, no pude llevarlo conmigo enseguida a Kioto. Tuve que regresar al menos dos o tres veces al orfanato. Cada vez que lo hacía, volvía a florecer la esperanza de encontrar a Taeko, esperanza que duraba como la flor del *sakura*, apenas dos semanas, y que se marchitaba ante la cruel realidad.

El timbre había sonado. Se escuchó perfectamente. Claudia se lo había advertido. Pero él lo apretó dos veces más con impaciencia hasta que la puerta se abrió. Esperaba que aparecieran Yume o la madre, y no ese hombre bastante mayor que los miró con desconfianza. Ciertos rasgos, o tal vez algo indefinido en su mirada, le recordaron la serenidad que solía admirar en los ojos de Yume. El señor fue bastante brusco, sin embargo, cuando les preguntó qué necesitaban. Al ver que dudaba, su mamá se hizo cargo de la situación.



—Hola. Soy Claudia y él es mi hijo, Bruno, amigo y compañero de Yume. Nos acabamos de enterar de la situación del abuelo.

El hombre los observó en silencio, todavía con cierta hostilidad. Desde el interior de la casa, se oyó la inconfundible voz de la mamá de la chica que hablaba en japonés. Por eso, Bruno se animó.

—Conozco al señor Takami. Lo entrevistamos con Yume para un trabajo sobre Hiroshima. Pregúntele sobre mí, por favor.

La mujer volvió a decir algo y el hombre permitió por fin que entraran en la casa. Sin que se lo pidiera, como había hecho siempre, Bruno se quitó las zapatillas, las dejó en el mueble del recibidor. Claudia lo imitó y ambos avanzaron hacia la sala. La mamá de Yume estaba allí y los saludó.

—Bruno-san, te extrañamos en estos días.

—Estuve haciendo reposo, me lastimé un pie y...

Ella sonrió. Yume debía haberle contado la verdad.

—Gracias por venir —y señalando al hombre que les había abierto, agregó—: Él es mi esposo, Kôsukey.

Mientras se inclinaba para saludarlo, Bruno recordó el nombre: era el del niño que el abuelo Yoshi había adoptado. Entonces... ¿él era el papá de Yume? Se lo veía mucho mayor que su esposa. Lo confirmó él mismo cuando les informó:

—Mi padre sigue en el hospital.



—Pero ¿está mejor? ¿Puedo ir a verlo?

—No. Permanece en cuidados intensivos. Estable, pero sedado.

—¿Podría al menos hablar con su hija? —pidió Bruno. El hombre fue terminante.

—Está dormida. No quiero perturbarla.

Bruno no podía disimular su desolación. La mamá de Yume se dio cuenta y apoyó una mano sobre su hombro.

—Creo que lo mejor es que la llames más tarde. Gracias por tu visita. Le voy a avisar que viniste.

Bruno quiso decir que sí, que iba a llamarla, que iba a disculparse... Pero el padre de Yume les indicó el camino hacia la salida, saludó con una reverencia y cerró la puerta.

Me avergüenza admitir que mis compatriotas eran los primeros en discriminar a los *hibakushas*. Por eso, cuando llevé a Kôsuke a Kioto para vivir conmigo, mentí a aquellos que me preguntaban quién era.

—Un sobrino, de Okinawa. Su familia falleció. Y como no tengo otros parientes...

Gracias a un conocido de mis padres conseguí un trabajo como asistente de un funcionario. Mi dominio del inglés y del español, idiomas que aprendí con mi madre, me facilitó escalar posiciones con cierta rapidez y obtener el respeto de mis superiores. Pronto me



transfirieron a un departamento que intentaba restablecer las relaciones exteriores de mi país.

Kôsuke iba creciendo y, poco a poco, fui ganándome su confianza y su cariño. Incluso comenzó a hablar, aunque jamás logró descorder por completo el velo que ocultaba lo que había padecido antes de que lo sacara del orfanato. A veces, enredadas entre los sueños y en las pesadillas, aparecían imágenes difusas que intentaba hilvanar para evocar algún recuerdo cierto, pero que se escabullían como agua entre los dedos, sin darle certezas de nada.

Quince veces habían florecido los *sakura* desde el bombardeo de aquel 6 de agosto de 1945 y ni un solo día había faltado a mi cita, cada tarde, en el Paseo de la Filosofía, esperando descubrir entre los rostros de los que caminaban el único que ansiaba ver. Quince veces regresamos también con Kôsuke a Hiroshima para honrar a los que ya no estaban. Quince veces volvimos a dejar flores en el Monumento a la Paz que se erguía en el parque conmemorativo diseñado en torno a aquel edificio emblemático con su cúpula, el único que había quedado en pie y que Taeko había mencionado en su carta. La última vez que fuimos nos quedamos hasta el atardecer sentados frente al río. La brisa sacudía las hojas de los árboles y el sonido era semejante a un susurro. Cerré los ojos y en ese momento creí escuchar la voz de Taeko que me llamaba, que me decía cuánto me amaba y que se despedía de mí.



Pocos días después, en Kioto, me ofrecieron la oportunidad de trasladarme a la embajada de Japón en la Argentina.

La mamá de Bruno le explicó que no tenía sentido ir a la unidad de terapia intensiva del hospital donde estaba internado el abuelo Yoshi.

—No nos van a dejar pasar. Y solo brindan información sobre el estado de salud de los pacientes dos veces al día y a familiares directos.

Bruno insistía en ir de todos modos y quedarse en el corredor que daba acceso al sector, por si aparecía Yume.

Claudia lo disuadió.

—Como te dijo la mamá de Yume: lo mejor es que la llames o le escribas.

—No me atiende ni me contesta. Seguro está ofendida. O enojada. Y tiene razón.

—O preocupada por su abuelo. O pendiente de su papá. Tal vez por eso no te contesta.

—Tendría que haber leído los mensajes de Yume —se reprochaba él—. Pero estaba tan...

—Furioso. O triste —Bruno asintió con la cabeza y ella agregó—: Igual no hubiera cambiado nada.

—Habría estado a su lado. Es como el día en que papá murió —Bruno sintió que el nudo del enojo que siempre lo había asfixiado se desataba cuando le confesó



por primera vez a su mamá—. Si yo lo hubiera acompañado a la fábrica...

La mamá lo abrazó. Bruno lloró con ella como nunca había llorado desde la muerte de su papá, dejando que las lágrimas lavaran la desesperación, la culpa y la tristeza que había enterrado debajo del enojo. Cuando se calmó, la mamá le dio un beso y le aseguró:

—El señor Takami se va a recuperar y entonces vas a poder decirle a Yume lo que sentís por ella.

Bruno apretó contra el pecho el cuaderno de tapas floreadas que la chica le había regalado. La noche anterior lo había abierto por primera vez y había leído las páginas llenas de haikus. No mencionaba a ningún autor. Así que Bruno supuso que los había escrito Yume. “Como Taeko”, recordó en ese instante. El último decía:

*Perdona el alma  
aunque la rosa hiera  
con sus espinas.*



## Sexta parte



*Se extingue el día  
pero no el canto  
de la alondra.  
Matsuo Bashō*



**Les había** dejado mis datos a los padres de Taeko, a uno de sus primos con quien había hablado varias veces, a las personas que había conocido en Hiroshima, sobre todo a la directora del hospicio, y a cualquiera que pudiera avisarme si llegaban a tener noticias de ella o si ocurría el milagro y regresaba o aparecía con vida.

La tarde anterior a nuestra partida de Kioto, Kôsukey yo fuimos por última vez al Paseo de la Filosofía a sentarnos bajo el *sakura*, juntos, en silencio.

Yo llevaba una grulla para dejar allí. Antes de plegar el papel de origami había escrito en él los únicos dos haikus que compuse en mi vida.

*La tarde sabe  
de qué color exacto  
es la tristeza.*



*El mundo gira.  
Pero la primavera  
nunca te olvida.*

El abuelo Yoshi permaneció en terapia intensiva tres semanas.

Después de haber ido con su mamá a la casa de Yume, Bruno había regresado cuatro tardes, a la salida de la escuela, con la esperanza de verla en persona, pedirle perdón, confesarle que... No quería hacerlo por teléfono. En cada ocasión se había encontrado con la negativa del intransigente señor Kôsuke.

—Agradezco tu interés, pero mi hija no puede verte en este momento.

Por fin decidió no insistir y, como decía Claudia, no molestar más a la familia que tenía asuntos más importantes de los que ocuparse.

—No lo tomes a mal. Ya la llamaste y le escribiste. Yume te va a contestar en cuanto pueda.

Lo hizo. Le respondió con un mensajito en el que se excusaba por su silencio y agradecía el interés de Bruno por la salud de su *sofu*. También se disculpaba por la actitud de su padre, que estaba muy preocupado por el señor Takami.

—Se siente mal porque acababa de volver de Kioto después de haber contactado a un pariente y mi *sofu* se descompensó al enterarse de las novedades que traía —le escribió.



Bruno esperó unos días, en los que solo preguntaba por la salud del abuelo y por cómo se sentiría ella, hasta que decidió proponerle una videollamada. No llegó a decírselo. Yume le mandó un audio con buenas noticias.

—Mi abuelo despertó. Los médicos dicen que va a recuperarse. Pronto lo pasarán a una sala común. Tal vez incluso le den el alta.

Bruno suspiró aliviado. No solo porque quería visitar al señor Takami, sino porque tendría la posibilidad de reencontrarse con Yume.

Tuvo que esperar, sin embargo, varios días hasta que el señor Kôsuke accedió a que Bruno fuera al hospital.

—Mi padre todavía está muy débil. No es conveniente alterarlo.

Yume había intervenido y lo había convencido.

—A *ojî-chan* le hará bien hablar con Bruno-san.

La alegría que sintió Bruno cuando ella se lo dijo por mensaje se empañó pronto al enterarse de las razones por las que el padre de Yume accedía:

—Está bien. Que vaya a verlo para despedirse. Porque ya hice arreglos para adelantar nuestro viaje.

No fue sencillo dejar Japón e irnos a vivir al otro lado del mundo. Tomé la decisión convencido de que sería algo provisorio.

—Volveremos pronto —le prometí a Kôsuke.



No fue así. Es más: con el tiempo, él ha viajado a Japón varias veces por negocios. Y para realizar gestiones personales. En cambio, yo nunca regresé. Me faltó valor. También debo reconocer que Argentina nos recibió con los brazos abiertos. La comunidad japonesa es numerosa en este país y muy pronto nos sentimos cómodos, acompañados, queridos... Kôsukey se adaptó más rápido que yo, a pesar de que todo aquí era tan diferente de lo que había conocido. O quizá por eso. Nadie lo discriminaba. Estudiaba, tenía amigos y con el tiempo se enamoró... Encontró un sitio donde era feliz y donde era posible soñar con un futuro. No renegaba de sus orígenes. Todo lo contrario. Yo lo críe tal como lo hubiera hecho en Kioto, transmitiéndole el respeto por nuestra cultura y nuestras tradiciones. De hecho, como nuestra estancia en este país se fue prolongando, compré esta casa y la hice refaccionar para que cada detalle le recordara a Japón. Y así fue.

Continué trabajando en la embajada hasta que Kôsukey se recibió de ingeniero en sistemas. Años después se casó con la mamá de Yume, y a pesar de la diferencia de edad entre ellos y de no saber qué secuelas había dejado la bomba en Kôsukey, ansiaban formar una familia. Yo siempre deseé regresar a Kioto. La nostalgia me abrumaba y creí que ya no podía soportar vivir tan lejos de mi tierra por mucho tiempo más. Pero no tenía coraje para pedirles a ellos que abandonaran todo por



mí. Y entonces, cuando mi hijo y mi nuera casi habían perdido las esperanzas, nació mi nieta Yume y mi vida se iluminó.

Dos días después Bruno se preparaba para ir al hospital a ver al señor Takami y, en especial, a Yume. Estaba nervioso. No sabía qué decirle primero.

—Lo que sientas —le había aconsejado su mamá.

Salió apurado y, a las tres cuabras, se dio cuenta de que se había olvidado el celular. No regresó a su casa a buscarlo para no perder tiempo. Los horarios de visita eran estrictos y tampoco esperaba ninguna llamada especial.

Preguntó por el número de habitación que le había dado Yume.

—Tercer piso —le dijeron.

Le temblaban las manos mientras apretaba el botón del ascensor una y otra vez. Decidió subir por la escalera. Se perdió en el corredor y tuvo que volver a preguntar.

—Doblá a la izquierda.

Al fin llegó. La puerta estaba cerrada. Golpeó una vez. Nadie respondió. Decidió entrar de todos modos. Empujó la puerta con suavidad. La habitación estaba vacía. Comprobó el cartel con el número que estaba afuera: 326. Era esa. No se había equivocado. Fue al puesto de enfermeras. Esperó un rato hasta que una de ellas revisó la computadora.



—¿Yoshihira Takami me dijiste?

—Sí.

—Le dieron el alta hace un rato.

Hacía tiempo que Kôsuke viajaba a Japón por motivos comerciales, en principio, pero sin darse por vencido en la búsqueda de Taeko y con la secreta intención de que, algún día, regresaríamos y nos instalaríamos definitivamente en Kioto. Siempre supo lo que yo sentía y cuánto ansiaba volver.

Recuerdo que alguna vez me preguntó por qué nunca me había casado.

—Solo hubo lugar en mi corazón para Taeko —respondí, y él comprendió.

Siempre comprendía. De una u otra manera, Taeko también fue parte de su historia. No solo fue y será mi único y gran amor. Sentíamos que ella le había salvado la vida a él.

Jamás pudimos corroborar si en verdad la había conocido. Pero no importaba. Porque, de algún modo, Kôsuke fue el hijo que habríamos tenido con Taeko si la guerra no nos hubiera separado.

Pensó en llamar antes de ir a la casa de Yume. Así que volvió a buscar su celular.

Lo tenía Claudia.

—Atendí cuando sonó hace un rato.



—¿Quién era? —quiso saber Bruno.

—Yume.

—¿Qué pasó? ¿Es el abuelo Yoshi?

—Él está bien. Pero el señor Kôtsuke decidió no esperar ni un minuto más. Se van lo antes posible. Dice que quiere cumplir con la última voluntad de su padre.

—Y el señor Takami, ¿está en condiciones de hacer un viaje tan largo? —le preguntó Bruno a su mamá sin poder disimular la tristeza que lo embargaba.

—Supongo que sí. No creo que su familia lo ponga en riesgo. ¿Vas a ir a despedirte?

Bruno alzó los hombros. Parecía desolado cuando respondió:

—No sé.

Pero fue.

La carta llegó hace unos meses. Desde Kioto. Era la primera que recibíamos en tantos años y no estábamos seguros con Kôtsuke de quién la enviaba porque no reconocí de inmediato al remitente. Cuando la abrí supe que era un pariente lejano de Taeko, el hijo de aquel primo con el que me había contactado. Con una breve misiva se presentaba y me explicaba que cumplía con el último encargo de su familia.

“Luego de buscar sin descanso, la muerte sorprendió a los padres de Taeko sin certezas sobre el paradero o el destino de su hija. Suponían que, después del ataque



y como muchos otros, ella había hallado refugio en algún santuario de las afueras de Hiroshima. No lograron comprobarlo”.

Al leer esto, me abrumaron la desesperación y la culpa. Era evidente que, si Taeko había muerto en un santuario y los *kannushi* no habían podido contactar a la familia, su cadáver habría sido trasladado a otro lugar y la administración se habría ocupado de incinerarlo y de enterrar las cenizas en una tumba común de algún templo budista donde yacían otras víctimas.

Fue cuando decidí regresar a Japón. Según nuestras costumbres, los muertos reciben de sus seres amados un nuevo nombre, un *kaimyô* u *hô-myô*, según la rama del budismo en la que uno crea. Pero esto no habría pasado porque Taeko había fallecido sola. Significaba que se había convertido en *muen-botoke*, un alma sin lazos, un alma que nadie recuerda y que no recibirá consuelo. No podía soportar esa idea ni permitirla. Tal vez había perdido a Taeko, pero jamás la había olvidado. Necesitaba darle un nombre, para que descansara en paz.

Hablé con mi hijo, y Kôsukey estuvo de acuerdo y viajó antes varias veces para chequear la información o buscar más datos. Al principio lo planteamos como un viaje de ida y vuelta. Sin embargo, en esos días, recibí el diagnóstico. Como muchos otros, no podría burlar a la muerte que se había llevado ya a tantas personas en Hiroshima y que seguía cobrándose víctimas. Tal vez la



muerte me buscara por mi avanzada edad. O porque yo también era, de algún modo, un *hibakusha*. Lo cierto es que allí estaba, esperándome, para venir a buscarme.

La mamá de Yume le abrió y lo guio hasta el jardín. Bajo el *sakura*, estaba el señor Takami. Bruno sintió una punzada en el estómago cuando lo vio a través del ventanal, tan desmejorado, tan delgado, tan frágil. Yume estaba junto a su abuelo y al ver a Bruno sonrió. Iba a avisarle a su *sofu* que había llegado, pero no hizo falta.

—Bruno-san, bienvenido.

Después de saludar a ambos con una reverencia respetuosa, pregunto:

—¿Cómo está, señor Takami?

—Feliz de verte al fin.

Bruno se puso colorado. Sabía que no era un reproche del anciano, pero sus palabras siempre significaban más de lo que aparentaban. Si Yume no le había contado de su furiosa y desmedida reacción al enterarse de la partida a Japón de la familia, el abuelo Yoshi habría sospechado que algo había ocurrido entre ellos. Después de ir casi todos los días, Bruno se había borrado de repente, incluso antes de presentar el trabajo, y no había aparecido más. Se avergonzaba por la actitud que había tomado y no encontraba cómo justificarse o disculparse.

—Querría haber ido antes a verlo, al hospital, pero su hijo no estuvo de acuerdo.



El anciano puso una mano sobre el hombro de Bruno.

—Lo sé. Kôsukey se asustó mucho e intenta protegerme. Pero ahora estás aquí. Eso es lo que importa. No quería irme a Japón sin despedirme.

A Bruno se le llenaron los ojos de lágrimas. Él no había podido despedirse de su papá y ahora entendía cuánto dolor le había causado eso, cuántas cosas hubiera querido decirle, cuánta falta le hubiera hecho un último abrazo.

En ese momento llegó Kôsukey en busca del señor Takami.

—Deberías descansar —le dijo a su padre con una ternura que hasta entonces Bruno jamás había notado.

El abuelo Yoshi asintió con la cabeza y su hijo lo ayudó a ponerse de pie y a caminar.

—Adiós, Bruno-san.

Yume y él lo siguieron hasta que el anciano desapareció detrás de uno de los paneles.

—¿Te gustaría una última taza de té? —le ofreció ella.

—Creo que ya no nos queda tiempo —respondió él con tristeza, mientras veía valijas y cajas embaladas que ocupaban casi todo el espacio de la sala.

—Cuando los médicos le aseguraron que mi *sofu* estaba en condiciones de viajar, cambió los pasajes. Nos vamos pasado mañana, temprano.

Bruno asintió con la cabeza. Pensaba qué decir y cómo.



—Yo lamento mucho lo que pasó... Todo. Lo que ocurrió entre nosotros. Quiero decir, la forma en que reaccioné al saber que te ibas. Me porté como un idiota. Te dejé sola. Y no me refiero al trabajo. Si no me hubiera enojado cuando supe que te ibas, podría haberte acompañado cuando tu abuelo...

Yume lo interrumpió.

—No fue tu culpa.

—Es que me enojé tanto. Ahora me doy cuenta. El enojo, igual que cuando a papá lo mataron. En lugar de decir que me dolió lo que pasó. En lugar de decirte... Fui cruel y violento. Y no puedo perdonarme porque al final me parezco a Tomás.

Yume buscó la mano de Bruno y lo miró a los ojos.

—Nunca te pareciste a él. Mi abuelo siempre dijo que estabas extraviado en tu enojo. Pero sabías la diferencia entre el bien y el mal. Y elegiste el bien.

Bruno hubiera querido decir “Es que te elegí”, pero no se atrevió. Prefirió hacer una broma antes de que ella notara que se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Sí, como Luke Skywalker. Yo tampoco me pasé al lado oscuro.

Ella sonrió en el momento en que su papá se asomó. Bruno comprendió que no quedaba más tiempo y solo restaba despedirse.

—Que tengas buen viaje.

—Gracias.



Bruno le dio un beso en la mejilla y lo envolvieron los aromas serenos que había aprendido a amar en aquella casa, bajo el *sakura*, escuchando la historia del abuelo junto a Yume.

Se volvió desde la puerta para mirarla por última vez. Tal vez así habría mirado Yoshi a Taeko cuando se dijeron adiós, en el Paseo de la Filosofía, aquella tarde de 1945. Tal vez por eso quiso abrazar a Yume. No lo hizo. Sentía que ya era demasiado tarde.

En su último viaje y con los datos del hijo de aquel pariente, Kôsukey localizó el santuario sintoísta en el que suponíamos que se había refugiado Taeko. Uno de los *kannushi*, un hombre casi centenario llamado Yasu, creía recordar a una muchacha de su edad, que había llegado muy enferma ya, acompañada por un niño que no hablaba. Incluso había mencionado otro dato importante: aquella chica, como Taeko, era creyente de *Jyôdo-shinshû*.

—No lo olvido porque era la misma rama del budismo en la que creía mi abuela —le había explicado el anciano.

Luego sus recuerdos se enturbiaban. Demasiadas personas habían muerto en esos días aciagos y su vieja memoria no podía albergar tantos detalles.

Sin embargo, esa información era la primera que nos guiaba quizá con dolorosa certeza hacia Taeko. Kôsukey continuó indagando para evitarme el penoso derrotero



de descubrir dónde podían estar sus cenizas. Y estaba seguro de haber seguido el rastro hasta un pequeño y sencillo templo cercano. Pero al llegar allí, no pudo siquiera atravesar el pórtico de madera custodiado por las estatuas de los dos Niō, guardianes de Buda.

Le pregunté por qué, si aquel sitio había evocado una antigua imagen, alguna sensación de su niñez, una dolorosa reminiscencia...

Kôsukey no logró precisarlo. Jamás lo había visto tan abrumado cuando me contestó:

—Solo sé que debemos ir allí juntos.

Las clases habían finalizado hacía dos meses. O más. Bruno había perdido la noción del tiempo. Como ocurría cada año, había aprobado todas las materias sin inconvenientes. No solo porque era buen estudiante, inteligente y aplicado, sino porque siempre había limitado a lo indispensable su vínculo con la escuela. Esta vez, sin embargo, siguió en contacto durante el verano con algunos compañeros, en especial con Laura, que le preguntaba a menudo si tenía noticias de Yume.

—A mí me escribe seguido. Y cada tanto hacemos una videollamada, como ayer, que charlamos casi una hora —le comentó la chica.

Bruno no quería contarle que, al principio, también había recibido mensajes muy breves y, por ese motivo, nunca le había respondido más que con algún emoji.



Trataba de no pensar, de olvidar, de anesthesiarse... Sin embargo una tarde, ordenando su cuarto, encontró aquel libro en el que se veía el único edificio que se había mantenido en pie en Hiroshima, luego de la explosión. Miró los restos de la ciudad devastada, recordó la voz del abuelo Yoshi contando aquella historia de amor con Taeko que la guerra había destruido, como tantas cosas, y pensó en Yume.

Cuando la madre regresó de trabajar, Bruno había tomado una decisión.

—¿Viste que el otro día me propusiste volver a viajar juntos? ¿Podrías organizarlo?

Ella se alegró.

—Sí, claro. ¿Cuándo querías viajar?

—Lo antes posible —la interrumpió su hijo.

—No hay problema. ¿Adónde te gustaría ir?

—A Japón.

Uno espera que después de tantos años el olvido desdibuje las cosas, suavice las penas, sane las viejas heridas... Y, sin embargo, cuando arribamos a Japón, los recuerdos de cada uno de los momentos vividos con Taeko, o sin ella, me esperaban inalterables.

Aunque Kôsuke se encargó de agilizar el paso por migraciones y el traslado desde el aeropuerto de Osaka a Kioto, me sentía extenuado. No sé si me había fatigado por el largo viaje, porque mi enfermedad iba devorando



mis fuerzas o porque al llegar me recibió la misma tristeza que había intentado dejar atrás.

Kôsuke había organizado todo en la nueva casa para que nos sintiéramos cómodos de inmediato. Y lo logró. Cuando ya nos habíamos instalado, consideró que lo mejor era dejar pasar un par de semanas para que me repusiese del trajín. Por eso, me propuso esperar antes de ir a Hiroshima a visitar el templo. No quise posponerlo.

—Hijo mío, debemos ir enseguida. Mi tiempo está llegando a su fin.

Y fuimos. Hiroshima había cambiado, pero no había olvidado. A pesar de haberse convertido en una ciudad pujante, su corazón seguía recordando. Y el parque de la memoria continuaba siendo un testimonio del horror. Muchos lo visitaban. Sin embargo, Kôsuke y yo no íbamos con ánimos de turistas, así que nos dirigimos directamente hacia el templo de las afueras. Apoyado en el brazo de mi hijo, atravesamos la puerta principal, bellamente tallada en madera, custodiada por los Niō, y nos detuvimos por supuesto en la pequeña fuente de agua y en el incensario para purificarnos. Después de haber orado a Buda en el *Hondo*, el gran salón que alberga su figura, dejamos atrás la pagoda y avanzamos hacia el cementerio al ritmo lento de la campana que, en ese momento, llamaba a los monjes a la oración.

El cementerio estaba apartado del resto de los recintos. Seguimos las indicaciones que el anciano monje le



había dado a mi hijo y llegamos a una esquina en la que había una tumba solitaria. La inscripción de la lápida decía “víctimas *muen-botoke*” de la bomba atómica.

Kôsukey no dudó al asegurar:

—Es esta.

Aunque no sabíamos si lo afirmaba porque deseaba que fuera verdad o porque, al fin, la niebla del olvido se había disipado y recordaba que muchos años antes, siendo apenas un niño, había estado allí.

El primer vuelo hizo escala en Houston. Aunque apenas dormitó, a Bruno el tiempo se le pasó rápido porque miró varias películas. Después de cuatro horas de espera, su mamá y él abordaron el segundo avión con destino a Tokio.

—Hubiera preferido volar a Osaka —le comentó ella—. Pero no había pasajes disponibles hasta dentro de dos meses. ¿Le avisaste a Yume que íbamos para allá?

Le había avisado, pero ella todavía no había respondido. Había decidido ir, aunque no estaba seguro de por qué. No era que no le interesara Japón. En otro momento conocer ese país lo hubiera entusiasmado. Sin embargo, la razón más importante para viajar en ese momento era que allí se encontraba Yume. Bruno no podía asegurar cómo iba a reaccionar ella al reencontrarse con él ni qué sería capaz de decirle. Solo sabía que necesitaba volver a verla, aunque fuera una última vez.



En cuanto aterrizaron e incluso antes de salir de Narita, el aeropuerto de Tokio, Bruno comenzó a comprender que Japón no se parecía en nada a los otros países que había conocido en los viajes con su mamá. Había algo que no podía definir con claridad, algo que lo transportaba a otro tiempo y a otro mundo, algo entrañable que había vislumbrado en las tardes compartidas con Yume y el abuelo Yoshi.

Con la eficiencia y la seguridad que la caracterizaban en su trabajo, Claudia ya tenía todo organizado. Había comprado unos pases de tren y, luego de validarlos, tomaron uno, el *Narita Express*, que los dejó en el centro de Tokio.

—Solo nos falta hacer una combinación a la estación Akihabara desde donde sale el *shinkansen* a Kioto.

—¿El qué? —preguntó Bruno.

—*Shinkansen*, el tren de alta velocidad. O tren bala, si preferís.

Bruno estaba maravillado. Todo era alucinante. Las estaciones, los vagones, el confort de los asientos, la limpieza, la puntualidad con que se podía coordinar ir de un sitio a otro... Y la amabilidad de la gente que, aunque no hablaba inglés, se esforzaba por comprenderlos y hacerse entender.

No tuvieron ningún contratiempo. Las indicaciones los guiaron y una hora más tarde, instalados cómodamente en las amplias butacas, el tren los llevaba rumbo



a Kioto. Por el cambio de horario y por haber mal dormido de a ratos, a Bruno empezó a pesarle el cansancio. Los ojos se le cerraban, pero su mamá lo despabiló.

—Después descansá tranquilo. Ahora no podés perderte esta imagen —y señaló por la ventanilla algo a lo lejos.

El día estaba despejado y contra el azul perfecto del cielo se recortaba la figura de un volcán, con la cima nevada. A Bruno le recordaba una pintura que había en la agencia de viajes de Claudia.

—¿Es el de *La ola*, el cuadro de Kanagawa?

—Sí, el monte Fuji. Fuji-san, como lo llaman acá. No siempre llega a distinguirse con la claridad de hoy. Tu-  
vimos suerte.

“Suerte”, se repitió Bruno. “Me va a hacer falta mucha suerte en este viaje”.

Y se quedó observando el volcán que los japoneses consideran sagrado, hasta que se desdibujó en el horizonte y el sueño lo venció.

La ceremonia fue más que sencilla. Solo asistimos Kôsu-  
ke, mi nuera, Yume y yo. Uno de los monjes cantó un *sutra*,  
mientras nosotros ofrecíamos incienso. Llegó luego el  
momento en que Taeko debía recibir su nuevo nombre,  
su *hō-myō*. Es complejo explicar cómo lo elegí. Segu-  
ramente sus padres, que eran creyentes de una rama  
muy austera del budismo, hubieran seguido la tradición



y hubieran optado por anteponer al nombre de vida de su hija *Shaka-muni*, que es uno de los títulos que se dio a Buda. Pero en nuestro idioma hay diferentes maneras de leer una misma letra. Y *Myô* es otra forma de pronunciación de *Tae*. Por eso lo combiné con *Shin*, que es 真, “verdad”.

—*Shakuni-Myôshin*, repetí cuando terminó la ceremonia, como si quisiera confirmarle al universo todo que mi amada ya no era un alma sin lazos.

En ese momento *Yume* señaló los árboles.

—¿La viste, abuelo?

Era una grulla. Una grulla como las de papel de origami que le había regalado a *Taeko* bajo el *sakura*. Una grulla que, según nuestras creencias, transporta el alma de los que fallecen hacia el paraíso. Una grulla que desplegó enseguida sus alas y emprendió un vuelo lento y se fundió con el horizonte.

*Bruno* siguió intentando contactarse con *Yume* en cuanto llegó a *Kioto*. No lo logró. Tampoco pudo hacerlo en los tres días siguientes. Le dejó varios mensajes, pero parecía que no los hubiera leído.

—Estará ocupada —sugirió su madre cuando se lo comentó.

—O enojada —respondió él—. Apenas hablamos después de que se fuera.

—Y ahora cruzaste el mundo para venir a verla.



—No lo sabe. Puede pensar que vine de vacaciones y solo la saludo por educación.

—Entonces vas a tener que decírselo.

A pesar de que estaba ansioso por encontrarse con Yume, la mamá lo convenció de que aprovecharan el tiempo para pasear por la ciudad. Bruno accedió y no se arrepintió porque Kioto le pareció preciosa. Alguna vez el abuelo Yoshi le había hablado de las bellezas que había en su ciudad.

—Mi sitio preferido es el Ginkaku-ji, o pabellón de plata. No es tan fastuoso como el Kinkaku-ji, el de oro, pero me encantan su jardín de musgo y el de arena.

A Bruno le fascinaron los dos, igual que el castillo de Nijō, los templos Kiyomizu-dera, con la magnífica terraza que sobresale de la ladera de la montaña, o el Sanjūsangendō, con las mil y una imágenes de la diosa Kannon, la deidad de la piedad budista.

Pero definitivamente hubo un sitio que le impactó más que otros: el Paseo de la Filosofía.

—Acá el abuelo de Yume conoció a Taeko —le explicó a su mamá.

No pudo evitar sentir cierta melancolía mientras caminaban por allí y recordaba la historia del señor Takami.

Regresaron tarde al alojamiento donde se hospedaban. A Bruno no le había extrañado que, en lugar de un hotel, su mamá hubiera reservado una habitación de lo que llamó *ryokan*.



—Así son las casas tradicionales japonesas Y si vamos a alojarnos acá, tenemos que vivir la experiencia completa.

A Bruno le recordaba la casa de Yume, con el piso de tatami y la mesa con sillas bajas. Le llamó la atención, eso sí, que en vez de camas hubiera futones prolijamente extendidos en el suelo.

—¿Vamos a dormir ahí?

—Sí, a la mañana se recogen y se guardan en los armarios. Así era la costumbre porque no había demasiado espacio en las casas.

—¿Y esto? —preguntó Bruno desplegando una suerte de kimono.

—Un *yukata*. Lo podés usar para dormir o para ir a los *onsen*, los baños termales colectivos, otra costumbre muy típica.

A la mañana siguiente y, sin tener todavía noticias de Yume, la mamá le propuso visitar tres ciudades cercanas y bellas.

—En Fushimi-Inari hay un santuario conocido por los miles de *toriis* rojos que van marcando el camino por la colina donde se encuentra situado. En Uji está el famoso templo Byôdô-In que aparece en las monedas de diez yenes. Y en Nara está el templo Tôdai-ji, con el Buda más grande de Japón y, por supuesto, el parque donde vagan con total libertad los ciervos *sika*, mensajeros de los dioses para el sintoísmo...



Bruno intentaba mostrarse entusiasmado con las propuestas de su mamá, que siempre organizaba viajes alucinantes. Y realmente los lugares que recorrían eran únicos. Pero algo empañaba su interés y lo teñía de tristeza. Ella se daba cuenta. Por eso, a la semana de estar en Japón y de seguir sin noticias de Yume, le dio la opción de elegir.

—Decime a dónde te gustaría ir.

Bruno no dudó:

—Si no puedo ver a Yume, quisiera conocer Hiroshima.

Mi familia no se resignaba y Kôsukey insistía en que consultara a otros doctores en busca de diferentes opiniones. Y, por supuesto, que probara nuevos tratamientos.

—Hijo, pasé mi vida tratando de reencontrarme con Taeko. Llegó ya el momento de enfrentar la realidad.

Me apenaba ver las lágrimas que mi nieta Yume no podía ocultar.

—Quiero pedirte algo —le dije antes de que las fuerzas me abandonaran.

—Lo que quieras, *ojî-chan*.

—Me gustaría terminar de contar mi historia, que grabaras el final.

Ella se extrañó.

—¿Para qué?

—Porque quisiera que Bruno la escuchara cuando venga a buscarte.

—Bruno no va a venir a buscarme.



—Sí, lo hará —aseguró el anciano.

—¿Cuándo?

El abuelo Yoshi sonrió al responderle.

El tren tardó una hora y media hasta Hiroshima. Bruno y su mamá salieron de la estación y caminaron en silencio hasta el Parque Memorial de la Paz. Se quedaron un largo rato frente al domo, el edificio sobre el que había caído la bomba atómica, el tristemente famoso punto cero que Bruno había visto en miles de fotos, el único edificio que había quedado en pie después del ataque con la bomba atómica. Al observarlo, le parecía escuchar la voz grave del abuelo Yoshi cuando les contaba la historia de Taeko. Recorrieron el resto del parque con una mezcla de sensaciones.

—Es raro —comentó su mamá—. Uno percibe cierta tristeza en el aire, en la mirada de los que visitan el sitio, en el respeto con que se recuerda la tragedia. Pero a la vez, aunque no se olvida lo que ocurrió, no se nota el rencor sino un amor a la vida, una férrea voluntad de levantarse literalmente de las cenizas y de seguir adelante.

Por algún motivo, Bruno pensó en cuánto había cambiado él desde que había conocido a Yume.

Bruno no quiso entrar al museo en ese momento. Sabía que iba a encontrar cosas como el reloj detenido a la hora exacta de la explosión y otros elementos que testimoniaban el horror de lo que la gente había vivido.



Pero no era ese el motivo para no verlo.

—Quisiera regresar otro día y recorrerlo con Yume.

Su mamá lo abrazó, profundamente conmovida, y le dijo:

—¿Volvemos entonces?

Bruno iba a contestar cuando le llegó un mensaje. Era de Yume.

*Sé que me despedí personalmente. Pero necesitaba también despedirme de este modo, aquí desde Japón, mi tierra. Fue un honor conocerte, Bruno-san. Y compartir mi historia y hablarte de Hiroshima. Anhele haberte ayudado no solo a cumplir con el trabajo que pedía la escuela, sino a encontrar tu camino para diseñar el resto de tu vida. Tal como aquella piedra que llevé a Buenos Aires desde Kioto, que me guio para diseñar mi jardín. También espero que mi historia te recuerde que la vida y el amor son hermosos y únicos, pero frágiles, como la flor del sakura. Tal vez, cuando escuches esto, ya mi alma haya volado con una grulla y por fin Taeko y yo podamos estar juntos. Adiós, Bruno-san.*

Se encontraron en el Paseo de la Filosofía. Fue Bruno el que propuso el lugar. Aunque ya había caminado por ahí varias veces, aquella tarde notó algo diferente: todos los cerezos habían florecido. Vio a Yume desde lejos, escribiendo en un cuaderno, sentada bajo uno de los árboles como seguramente debía haber estado Taeko



muchos años atrás. Cuando estuvo frente a ella, se le embarullaron las palabras y no supo qué decir mientras se demoraba en deshacer el abrazo con el que la saludó. Por suerte ella habló primero.

—Lamento no haber respondido antes tus mensajes. Es que mi *sofu* murió hace una semana —Yume lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Y quiso que lleváramos sus cenizas a Hiroshima.

Bruno tomó la mano de la chica.

—Lo siento, Yume. De verdad lo siento.

—Gracias. Se encariñó mucho con vos. Y te dejó un regalo.

—¿A mí?

Yume asintió con la cabeza y le mostró el celular.

—Quiso que te grabara el final de su historia. Creí que quería que te lo enviara, pero él...

Bruno se le acercó.

—Él ¿qué?

—Dijo que te lo diera cuando vinieras a buscarme.

Bruno sonrió.

—¿Sabía que iba a venir?

—Sí —afirmó ella, y antes de que Bruno la besara, agregó—: “Vendrá a buscarte”, dijo, “cuando florezcan los cerezos”.



# Índice

Primera parte .....	13
Segunda parte .....	39
Tercera parte.....	69
Cuarta parte .....	99
Quinta parte .....	125
Sexta parte .....	145



## Cuando florezcan los cerezos

Liliana Cinetto

**“Tal vez, cuando escuches esto, mi alma haya volado con una grulla”.**

Taeko y Yoshi son separados en medio de la conmoción de la Segunda Guerra. No sospechan que sobre Japón se cierne una tragedia inconmensurable y desconocida que llegará con la bomba atómica. Muchas décadas después, en una escuela de la Argentina, Yume y Bruno descubrirán aquella historia mientras buscan superar las violencias que padecen. Pasado y presente se encuentran en el dolor y en la esperanza de que la vida volverá a florecer, como los cerezos.

